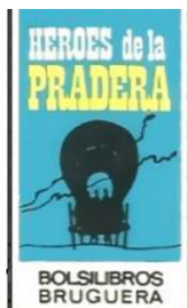
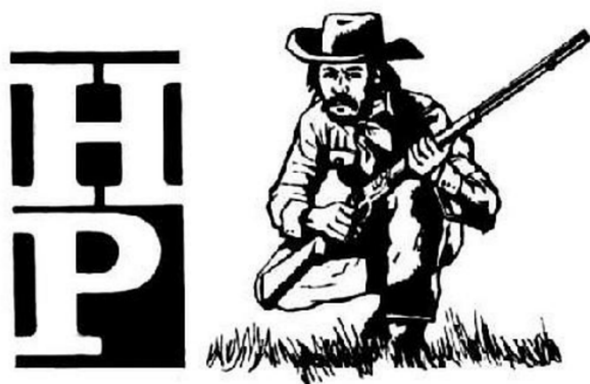


Silver KANE

CHINA GIRL





HEROES DE LA PRADERA



ÚLTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección BISONTE SERIE ROJA:
1.319 — El sheriff y las viejecitas.

En Colección SERVICIO SECRETO:
1.524 — Asesino a precio fijo.

En Colección SALVAJE TEXAS:
736 — Infierno: capital, Dodge City.

En Colección KANSAS:
665 — Un buitre llamado Cox.

En Colección BÚFALO SERIE ROJA:
1.014 — Demasiadas faldas en Wichita.

En Colección ASES DEL OESTE:
502 — Ni más ni menos que un hombre.

En Colección COLORADO:
637 — Jinetes de medianoche.

En Colección CALIFORNIA:
751 — Todos esperaban la muerte.

En Colección PUNTO ROJO:
947 — Una tumba en Manhattan.

En Colección HÉROES DE LA PRADERA:
581 — El tesoro de los esclavos.

En Colección BISONTE SERIE AZUL:
76 — Mariposas negras.

En Colección BÚFALO SERIE AZUL:
15 — Un «Colt», una mujer y un diablo.

En Colección BRAVO OESTE:
1.050 — Los prisioneros de Trevor Hill.

En Colección LA HUELLA:
80 — Manchas de sangre en los ojos.



Silver Kane

CHINA GIRL

Colección
HEROES DE LA PRADERA n.º 583
Publicación semanal

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

ISBN: 84-02-02524-2
Depósito legal: B. 830 – 1981

Impreso en España - Printed in Spain

2.ª edición: marzo, 1981

Concedidos derechos exclusivos a favor
de EDITORIAL, BRUGUERA, S.A.
Mora la Nueva, 2. Baecelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1970

CAPÍTULO PRIMERO

Consigna: «¡Llegar al Oeste!».

Con estas palabras en los labios, miles y miles de hombres luchaban, trabajaban, mataban y morían, en tanto iban tendiéndose las líneas de la *Union Pacific*, que había empezado en Omaha e iba a terminar en un punto indeterminado de las tierras desconocidas.

Mientras tanto, en el lado opuesto del país, la consigna era otra:

«¡Llegar al Este!».

También con ella en los labios, miles y miles de hombres trabajaban, mataban y morían. La *Central Pacific* había comenzado su tendido en la ciudad californiana de Sacramento, y debía encontrarse con los raíles de la *Union* en un punto indeterminado, pero que los expertos señalaban más o menos en las cercanías de la tierra de los mormones, de la extraña y fabulosa Salt Lake City.

La gran aventura del ferrocarril americano acababa de empezar.

Pero para eso hay que hacer un poco de historia, con toda la brevedad posible.

El día primero de julio de 1862, Abraham Lincoln, en plena guerra civil, había firmado la histórica *Pacific Railroad Act*, o sea la ley para que se pusieran en comunicación, por medio del ferrocarril, las costas norteamericanas del Atlántico y del Pacífico. En el país rugía la guerra civil, pero las tierras por las que había de pasar el tendido férreo no eran campo de batalla, debido a su ausencia casi total de núcleos habitados. No eran campo de batalla en un sentido figurado, claro, porque estaban totalmente dominadas por los forajidos y por los indios, y eso originaría ríos de sangre.

Una compañía, la *Union Pacific*, debía arrancar de Omaha, como se ha dicho, y avanzar hacia el Oeste. La otra, la *Central Pacific*, debía empezar en Sacramento y avanzar hacia el Este. Cuando se encontraran las dos líneas, habría, pues, un ferrocarril

único, pero la compañía que más millas hubiera hecho, más participaría en la explotación. Eso explica las rivalidades entre las dos y sus sangrientas luchas para llegar antes a la meta.

La *Central Pacific Railroad Company* había sido fundada por Theodore Judah y los cuatro financieros que en San Francisco eran llamados «los cuatro grandes»: Leland Stanford, Collins P. Huntington, Mark Hopkins y Charles Crocker. La *Union Pacific* estaba compuesta casi exclusivamente por generales, pues figuraban en ella los militares Dix, Dodge y Casement. Sus financieros eran Thomas C. Durante y los hermanos Oakes.

Las dos compañías se enfrentaban con innumerables problemas. En realidad, su aventura constituye uno de los más impresionantes episodios de la historia humana. Tenían que atravesar territorios desconocidos y salvajes, de los que los exploradores sólo daban vagas referencias, tenía que encontrar dinero y hombres cuando todos los recursos humanos y financieros del país estaban abocados a la guerra civil; tenían que luchar contra los indios, quienes veían en el ferrocarril, con mucha razón, una definitiva amenaza para sus sagrados territorios; tenían que luchar contra los forajidos y contra los pistoleros de la compañía rival, que saboteaban los tendidos y a veces mataban a los obreros. Y, por fin, tenían que alimentar y pagar a miles de hombres a través de territorios desérticos, donde el dinero de las pagas dependía simplemente de la velocidad de un «Winchester» o un «Colt».

Por eso, lo mismo una compañía que otra habían alquilado a los más miserables asesinos y a los más rápidos tiradores.

Por eso en la vía férrea no imperaba más que una ley: la de su majestad *el Pistolero*.

Y por eso Davy estaba allí, con los dedos arqueados cerca del «Colt», y con tres revólveres apuntándole a la cabeza.

Los tres hombres que tenía enfrente eran empleados de *Union Pacific*. Bueno, lo de «empleados» es un decir. Eran pistoleros como el propio Davy. Eran carroña buscada en la frontera, hombres dispuestos a matar o morir por un dólar.

Todos sabían que aquello acabaría a tiros.

Y todos sabían también que alguien quedaría tendido para siempre allí, probablemente el propio Davy.

Sus tres enemigos le miraban fijamente.

Habían «sacado» antes.

Y ahora sólo les faltaba disparar. Ahora Davy sabía que había llegado el fin.

Pero sus ojos no pestañeaban.

Uno de los sujetos que estaba frente a él, masculló:

—Ya puedes ponerte a rezar, Davy. Mis hombres no tendrán piedad. Vamos a volarte la cabeza.

—Lo siento, Kendall. He recibido la orden de llevarme a esas mujeres y la culminaré.

—¿Cómo vas a cumplirla? ¿Muerto? ¿La vas a cumplir muriendo?

—No. La cumpliré matando.

Los tres hombres rieron a la vez.

Todos sabían que Davy era un famoso pistolero, y que las dos compañías habían rivalizado en ofertas para obtener su «Colt». Al final se lo había llevado la *Central Pacific*, porque había pagado un poco más. Y por eso iba a ser un honor matarle.

—Muy bien, Davy —dijo Kendall, con voz ronca—. Pues ya que te sientes optimista…, ¡acaba como un perro!

Los tres cerraron los dedos sobre los gatillos, pero en aquella décima de segundo ocurrió algo inesperado. Un borracho salió del edificio junto al cual estaban, y tropezó en el porche, llevando de una forma maquinal la mano derecha al «Colt» para que no se le cayera. Los tres pistoleros creyeron que era un amigo de Davy, y que trataba de ayudarle.

Fue instantáneo.

Inmediatamente le acribillaron a balazos, girando sus revólveres hacia él. Realmente fue un asesinato, porque en el instante de disparar ya se dieron cuenta de que era inofensivo. Pero eso no detuvo el movimiento fulgurante de sus dedos.

El borracho saltó hacia atrás, con la camisa tinta en sangre.

Pero eso cambió las cosas. Las cambió, en fracciones de segundo.

Davy había tenido tiempo de «sacar». Contó con un respiro que ya no esperaba, y supo aprovecharlo bien. Su «Colt» saltó al aire y enfiló a los tres hombres, mientras escupía plomo.

Los tres brincaron hacia atrás, se sostuvieron sobre las puntas de los pies en extraños equilibrios, y acabaron estrellándose contra la

pared del edificio.

Habían sido alcanzados mortalmente. Cada uno de ellos llevaba en el pecho una bala implacable.

Formaron, con el borracho, un confuso montón de sangre.

Davy no se inmutó, pues aquellos tres muertos no alteraban gran cosa la enorme lista de hombres difuntos que había ido dejando atrás. De modo que sopló en el cañón del revólver, repuso las balas, lo enfundó y siguió tranquilamente el camino que había cortado su encuentro con los tres pistoleros de la *Union Pacific*.

El lugar hacia el que, se dirigía era muy sencillo.

Se trataba de una casa blanca, situada tras el *saloon* del que había salido el borracho. La casa tenía un solo piso, era muy amplia y sobre su puerta campeaba un letrero que decía:

CODY y WALTER

Materiales para las vías férreas

Davy empujó con el pecho la puerta, que era de batientes como las de los *saloons*, y entró tranquilamente en el lugar.

Tratándose de un lugar donde se vendían materiales para las vías férreas, cualquiera hubiese esperado encontrar allí traviesas para los tendidos, o bien raíles de acero, o clavos para fijarlos, o al menos martillos para machacar las piedras que formaban el lecho de las vías.

Pero nada de eso.

Los únicos «materiales» que había allí eran un par de docenas de mujeres.

Mujeres atadas de pies y manos.

Hacinadas como fardos en un rincón, esperando que alguien viniera a recogerlas.

Todas, sin excepción, se fijaron en Davy.

Claro, era un hombre de los que llaman la atención.

Alto, joven, con la fortaleza de un atleta, las espaldas anchas, los cabellos ondulados, la mirada quieta y gris como la de un asesino profesional, pero que tenía un «no sé qué» para las mujeres.

No se fijaron sólo porque fuera un hombre guapo.

Se fijaron, sobre todo, porque era el hombre que podía llevárselas de allí, y sacarlas de aquella situación infernal en que se

encontraban.
Algunas le llamaron.
Ya le conocían bien.
Se habían encontrado en otros lugares tan podridos como aquél, y en otras situaciones, que hubieran hecho sonrojar a un ser humano con un mínimo de decencia.
—¡Eh, Davy!
—¿Vienes a buscarnos?
—¿Por qué no nos sacas de aquí?
—Llevamos toda la mañana atadas. ¡Y han dicho que nos «embarcarían» enseguida!
Davy pasó junto a ellas, sin mirar a ninguna en particular.
—Calma, chicas, calma. Tengo noticias de que todo va a arreglarse.
—Pero ¿no vienes a buscarnos tú?
—No, chicas; yo no.
—Pues hemos oído disparos. Y nos han dicho que rodaban por aquí tres pistoleros de la *Union Pacific.*
—Eso es cierto. Tan cierto como que acabo de matarlos.
Algunas mujeres lanzaron un grito de sorpresa.
Sabían que no era fácil matar a un pistolero de la *Union Pacific*, y, mucho menos, a tres. Pero cualquier cosa podía esperarse de un asesino profesional como Davy.
Éste fue al fondo del local.
Allí había un despachito.
Y en el despachito, un tío gordo.
Y una muchachita de unos quince años.
Las manos del tío gordo estaban en el cuerpo de la muchachita.
La muchachita estaba quieta.
Pero el tío gordo, no.
Davy dijo lentamente:
—Hola, Walter.
Walter, como el propio cartel de la puerta indicaba, era uno de los dueños del negocio.
Bisbiseó, de mala gana:
—Hola, Davy. ¡Qué sorpresa verte por aquí!
Y puso una mano sobre la mesa.
Davy movió la culata del revólver.

Aplastó los dedos del gordo.

Y Walter lanzó una serie de maldiciones, que hubieran hecho volver rojos a los propios guardianes del infierno.

Pero no se atrevió a ir más allá.

Davy era demasiado peligroso con el revólver, y no se podían gastar bromas con él. Mejor es vendarse un dedo que tener que dejar que a uno le vendaran el ombligo para embalsamarlo.

De modo que se arrugó, y se limitó a susurrar con voz ladina:

—Je, je… Pero ¡qué bromitas tienes, Davy!

—Suelta a la chica.

—¿Y por qué he de soltarla? ¿A ti qué te importa?

—Es demasiado joven para eso.

—Mandangas. Ella es como todas. Y si no, ¿por qué está aquí?

—Vete tú a saber.

—Es una pequeña zorra —masculló Walter.

—Tú sabes perfectamente por qué está aquí —dijo Davy lentamente—. Anda, cuéntamelo, querido Walter. Cuéntame lo antes de que te parta las narices en cuatro pedazos.

—Hum… Quiere que soltemos a su madre.

—¿Su madre es una de ésas?

—Sí, pero no creas que pienso soltarla. Ella ha cobrado su enganche para «trabajar» a las órdenes de *Cody y Walter, Sociedad Anónima*. Le hemos pagado por adelantado, y es un material que nos pertenece. De modo que ni hablar de soltarla.

Davy torció los labios.

No había la menor piedad en su voz.

Pero dijo suavemente:

—Hala, suéltala.

—¡Maldito seas! ¡Vas a hacerme perder una bonita suma!

—Miserias. Por el enganche no le has pagado más de cien dólares. Conozco las tarifas.

Y miró a la chica.

—Hala, ve con ese cerdo y que libere a tu madre. No está bien que una pequeña como tú tenga que ir sola por este mundo. Aunque estar en compañía de tu madre no sé si no va a ser peor.

Walter se levantó de mala gana.

Aún se hizo el remolón.

Aún intentó largar algún pellizco a la espalda de la chica.

Davy lo sujetó por la camisa y lo envió a la sala donde estaban las mujeres.

Fue uno de los primeros vuelos sin motor que se han dado en la historia del Oeste.

Al cabo de unos minutos, Walter volvió con mala cara y arreglándose la camisa que había roto, en parte, las manos de Davy.

—Me estás estropeando el negocio —dijo—. Espero no tener el disgusto de verte más por aquí.

—No hables del negocio. Tú sabes perfectamente lo bien que paga la *Central Pacific*.

—Miseria y nada más que miseria. Cody y yo tenemos que matarnos por encontrar mujeres que quieran divertir a los obreros del ferrocarril en los garitos de la compañía, y luego, ¿qué pasa? ¡Uf! ¡No hacemos más que perder dinero! A cada una de esas mujeres, por el enganche, has de darles más de cien dólares. Pero en cuanto te descuidas, se te largan y van a venderse, por cien dólares más, a cualquier competidor. Por eso las tenemos atadas hasta que vosotros las recojáis. Por cierto, me han dicho que había un gran descontento entre los obreros de la *Union Pacific.*

—Sí.

—Porque no tienen mujeres —dijo Walter con los ojos chispeantes.

—No, no tienen.

—Y me han asegurado —añadió Walter— que tres pistoleros de la *Union* han venido aquí para llevarse las que yo tengo en venta.

—Eso me han dicho a mí también —murmuró Davy—. No sé si creerlo, pero la gente habla de tres hombres de la *Union Pacific* que han sido vistos por aquí revólver en ristre.

—Los hombres de la *Union* pagan mejor que vosotros —dijo Walter—, de modo que estoy dispuesto a discutir el precio. Si tú no mejoras la cifra, no te llevarás ni una enagua de mujer. Antes de cerrar el trato contigo, voy a hablar con los tres hombres de la *Union Pacific.*

—Te será difícil, Walter.

—¿Por qué?

—Están muertos.

Walter se puso lívido.

Sabía lo difícil que era matar a un pistolero de la *Union*, y más

aún, tres a la vez. Pero Davy nunca bromeaba. Si hablaba con aquella seguridad, era porque, encima, los había matado él.

—De modo que… de modo que no puedo discutir el precio.

—No, Walter, no vas a discutirlo. Los hombres de la *Central Pacific* están hartos de mascar polvo y nieve, hartos de ser mordidos por los coyotes, hartos de no beber alcohol más que una vez al mes, hartos de levantarse por la mañana y ver que les falta la cabellera porque se la ha llevado un indio. En ese sentido, ya ni los calvos pueden vivir en paz. Lo único que les compensa un poco es la paga y el permiso que tienen una vez al mes, para emborracharse hasta caer bajo las mesas y para disponer durante una hora de alguna mujer. Pero si no hay mujeres, se sublevan. Hemos tenido líos tremendos últimamente, y necesitamos carne fresca.

—Pues si la necesitáis pagadla —masculló Walter—. Estoy dispuesto a subir las tarifas.

—Prueba a subirlas, Walter —dijo Davy con voz helada—. Nosotros sabemos que pagamos un precio razonable. Prueba a subirlas, y te enfrentarás a problemas que ni siquiera puedes imaginar ahora.

Walter rechinó los dientes.

Sabía que a algunos competidores que no respetaron los tratos, les habían incendiado las instalaciones.

Con los competidores dentro, claro.

Y que a uno de ellos le sucedió algo peor.

Lo entregaron a una pandilla de mujeres a las que había enganchado, pagándolas con moneda falsa.

Walter recordaba muy bien eso.

La moneda fue falsa, pero el cadáver del competidor fue auténtico.

De modo que rechinó los dientes mientras decía:

—Lo peor de todo esto, Davy, es que siempre hay que tratar con asesinos profesionales como tú.

—Cierto. La compañía me encarga de ese trabajo: conducir a las mujeres hasta los «poblados fantasmas» que se construyen junto a la vía del ferrocarril.

—¿Y por qué a ti? ¿Por qué encargan de eso al mejor pistolero que tienen?

—Porque las mujeres son aquí tan importantes como las vías del

ferrocarril. Son tan importantes como las armas, como el agua y como el oro.

—Te entiendo perfectamente. Te entiendo, y envío respetuosos saludos para tu madre, maldito asesino. Hala, llévatelas.

Davy no se inmutó por lo de su madre.

Estaba acostumbrado.

Escupió por encima de la cabeza de Walter y dijo:

—Cobrarás veinticinco dólares por cada una, y el cuarenta por ciento de lo que ganen, el cual te será enviado puntualmente, como de costumbre. Es el trato que hiciste con la compañía, hace tres meses. Ni un céntimo más ni un céntimo menos. En dos semanas recuperarás los cien machacantes que has pagado, y a partir de entonces todo será beneficio neto. Total, muchacho, que te vas a forrar. El día que me decida a matarte, tu cadáver olerá a oro que dará asco.

Y Davy se dirigió hacia la puerta.

Pero cuando estaba en ella, se volvió para decir:

—El encuentro que he tenido con los tres pistoleros me hacía olvidarme de lo más importante.

—¿Qué es lo más importante?

—Me han dicho que tú tenías mujeres chinas, Walter.

—¿Queeeé…?

—Mujeres chinas.

Walter fingió sorprenderse.

—Pero oye, guarro asesino: ¿qué tonterías te han contado?

Davy no contestó.

Abrió una puerta que había a la derecha.

Conocía muy bien aquello, y estaba seguro de no equivocarse.

Detrás de la puerta, vio a un fulano barbudo.

El fulano barbudo empuñaba un «Winchester».

Parecía no sentir lo que se dice un cariño fraternal por Davy, ya que estuvo a punto de apretar el gatillo.

Pero Davy no le dejó tiempo.

Con una mano le sujetó por la barba y con la otra le prendió por los pantalones, entre las dos piernas.

Lo levantó en el aire.

Fue el segundo vuelo sin motor de la historia de los Estados Unidos.

El fulano fue a estrellarse contra la pared frontera, y terminó aterrizando en una escupidera que no había sido limpiada al menos en los dos meses anteriores.

A partir de ese momento, Davy tuvo el campo visual libre.

Y en su campo visual se dibujó una mujer china de edad indefinible, pues con los amarillos uno nunca está seguro de nada. Pero las mil arruguitas que empezaba a tener en torno a los ojos indicaban que debía rondar los sesenta años. Vestía un quimono negro y unos pantalones también negros, además de los pequeñísimos zapatos que eran típicos de las mujeres del Celeste Imperio, pues de niñas se les metían los pies en unas hormas hasta empequeñecerlos y deformarlos, porque se creía que así eran más elegantes. En resumen, aquella mujer vestía como si estuviera aún en la vieja China.

Y Davy debía sentiré un gran afecto por ella.

Lo demostró. ¡Vaya si lo demostró!

Cuando la otra trataba de huir, la sujetó por los cabellos, la hizo caer y le dijo:

—Hola, puerca.

—Déjame, asesino —barbotó ella—. ¡Déjame o mis antepasados traerán un carro de fuego para enviarte al infierno!

—A tus antepasados se les ha estropeado el carro hace ya tiempo, abuelita. Me habían dicho que estabas en la ciudad, y por eso te he buscado. Quiero hablar contigo.

Ella se soltó y se puso en pie.

Sus ojos llamearon de odio, al mirar a Davy.

—¿Qué quieres, maldito?

—Así como ese miserable de Walter se dedica a reclutar mujeres blancas, tú te dedicas a reclutar mujeres chinas. Cuando llegan, muertas de hambre, al puerto de San Francisco, las engañas y te las traes a la zona del ferrocarril. Todo eso porque te pagan un precio fabuloso por ellas.

—¡Es que las mujeres chinas valen más que las mujeres blancas!

Davy rió burlonamente.

—Eso va a gustos, abuelita. Pero en una cosa tienes razón: las mujeres chinas son muy buscadas. Y el motivo es que la mayor parte de los peones del ferrocarril son chinos.

—¡Porque trabajan más!

—No niego que trabajen —dijo Davy—, y hasta te aseguro que los aprecio más que a los blancos. Son serios, sufridos, honrados y aguantan todo lo que les echen. Si la compañía los contrata, es por eso, y porque faltan hombres blancos. Los hombres blancos prefieren irse a la guerra, donde cobran más y donde casi corren menos peligro que en el ferrocarril.

—Y sólo piden dos cosas —barbotó la mujer—. Dos cosas que vosotros, perros, no siempre cumplís.

—Sí, ya lo sé —dijo Davy—. En primer lugar, piden que se les proteja contra los indios, porque los chinos no son luchadores. Y, en segundo lugar, piden que si mueren, se devuelva su cadáver a su país, porque un chino no entra en el paraíso mientras esté sepultado en tierra extranjera. Te aseguro que ambas cosas procuramos cumplirlas, pero no por sentimientos caritativos, sino porque así los chinos trabajan como… como chinos. Y encima están contentos.

Volvió a sujetar por la barba al fulano de antes, que quería armar camorra, y lo envió a través de una ventana.

A partir de aquel momento, se hizo en el recinto una maravillosa paz.

Una paz estupenda.

El tío de la barba se había roto una pierna al caer, y lanzaba unos aullidos que estremecían la casa, mientras que Walter vomitaba cien maldiciones por minuto contra el padre de Davy (si es que Davy lo había conocido), y la mujer china aullaba otra vez que sus antepasados enviarían un carro de fuego.

Pero todo eso era música celestial para el joven.

Estaba acostumbrado.

Volvió a sujetarla por los cabellos y masculló:

—Total, que si tú estás aquí es porque hay un cargamento de mujeres chinas. ¿Por qué te escondías? ¿Qué combinación os llevabais entre Walter y tú…? ¿Venderlas a los de la *Union Pacific*?

—Ellos…, ellos tienen menos obreros chinos.

—Sí, porque no disponen del puerto de San Francisco, pero los alquilan igual. A San Francisco llegan los chinos por centenares de miles, y la mayor parte de ellos van al ferrocarril[1]. Dime: ¿pensabais venderlas a la *Union Pacific*?

—No trato de negarlo. Nos pagan muy bien por esas chicas. Piensa que no son unas puercas como las otras.

—Lo sé. Unas infelices, muertas de hambre, a las que sus padres han vendido [2].

—Por eso son caras.

—¿Cuánto os pagan los de la *Union*?

—Ciento veinticinco por cabeza.

—Mentira. Os pagan cien.

La mujer torció la boca.

—Son tuyas, si me das ciento diez.

—Ciento cinco.

—¡Ciento siete!

—Vale.

Con aquel miserable regateo, quedó sellado el destino de unas pobres mujeres.

Davy sabía que el destino que las esperaba era el más abyecto que pueda imaginar un ser humano. Sabía que para muchas de ellas hubiera sido mejor la muerte, puesto que no eran como las blancas, que más o menos, habían elegido aquel camino. A ellas las obligaban. Pero desde que se puso a trabajar en el ferrocarril, un año antes, se había endurecido tanto, que ya no daba importancia a ningún sentimiento humano.

—Bueno —dijo—. Ya son mías.

—Ya son tuyas.

—¿Dónde están?

—Ahí atrás, en la habitación del fondo.

—¿Cuántas hay?

—Siete.

—¿Edad de la más vieja?

—Veinte años.

—Okey.

Davy chascó dos dedos y dejó a la mujer para dirigirse a la segunda puerta de la habitación.

Ésta daba a un pequeño pasillo.

Y al fondo había otra puerta, que daba a una habitación sin ventanas, y que era la última de la casa.

La puerta estaba cerrada por fuera, pero la llave se encontraba en la cerradura. Davy la hizo girar, y se encontró en la habitación donde todas aquellas mujeres estaban prisioneras.

Pero tuvo una violenta sorpresa al entrar. Una de las mayores

sorpresas de su vida.

Porque tropezó con la cosa que menos hubiera esperado en este mundo.

Con un ataúd.

¡Un ataúd, dentro del cual había una muchacha!

CAPÍTULO II

Davy sufrió un rudo impacto, como si acabaran de golpearle en el rostro. Miró, alucinado, frente a sí.

En efecto, había siete mujeres. Las siete, jóvenes, hermosas y vestidas a la manera china que tanto enardecía a los rudos trabajadores del ferrocarril. Pero entonces, ¿quién era la número ocho? ¿Quién era la que estaba dentro del ataúd?

El joven la miró mejor.

Tendría apenas doce años. Su expresión era suave y casi dulce. Tenía, en la muerte, una placidez especial, una felicidad que no le había deparado la vida.

Diríase que aquella muchacha había muerto satisfecha porque estaba cansada de vivir.

¡A los doce años!

Las otras miraban fijamente a Davy.

Sobre todo, una de ellas.

Davy alzó la cabeza y la miró.

Notó, como un relampagueo, la quemadura de su mirada intensa. Notó el fuego de sus ojos.

Tuvo que parpadear.

Era una de las mujeres más hermosas, más bien formadas, más enigmáticas que había visto.

Sólo en parte parecía china. Tenía los ojos profundos y rasgados, pero su tez era casi blanca.

Y hablaba un inglés muy claro.

Fue ella la que se dirigió a Davy.

—Usted debe ser el que nos ha comprado —murmuró.

—Sí, nena.

—¿Para la *Union Pacific*?

—No. Para la *Central*. La que ha empezado el tendido del raíl desde California.

—Bueno, lo mismo da. Supongo que todos son iguales.

—Sí, chata. Son iguales. A todos les gusta una mujer como tú. ¿Cómo te llamas?

—Me llamo Lina Wong.

—¿Edad?

—Veinte.

—¿Tienes experiencia con los hombres?

Ella se sonrojó hasta la raíz de los cabellos.

—No —dijo con voz pastosa.

—Es igual, ya aprenderás. ¡Arreando!

—¿«Arreando»? ¿Y adonde?

—Yo os lo enseñaré. Dentro de poco, llegará una carreta con dos hombres, y os llevará a un sitio donde estáis haciendo mucha falta. Pero oíd una cosa.

—¿Qué?

—Esa «mercancía» yo no la compro.

Y señaló el ataúd.

Jamás una muerta había sido tratada con tanto desdén, con tanta falta de respeto.

Se oyó un sollozo, en el silencio espectral de la habitación.

Una de las mujeres se había llevado las manos a la cara. Como avergonzada de su debilidad, ocultó los sollozos hasta que su pecho pareció ir a estallar. La escena era a la vez conmovedora, repulsiva y patética.

Davy musitó:

—¿Qué pasa?

Fue Lina Wong la que contestó:

—Es la hermana de la que acaba de morir.

—¿Y por qué estaba con ella? Esa pequeña no tenía edad para dedicarse a lo que os vais a dedicar vosotras.

—Estaba con ella porque los padres vendieron a la hija mayor en el propio puerto de San Francisco, pero la hija pequeña no quiso separarse de su hermana. Era la única persona a la que quería en el mundo. Dijo que la seguiría hasta el infierno, y hasta el infierno la ha seguido.

Davy miró el rostro de la muerta.

Aquella expresión inocente, dulce, suave…

Cualquiera se hubiera conmovido ante una cosa así. Cualquiera

hubiese sentido que las lágrimas quemaban sus ojos.

Pero Davy no quería conmoverse.

Desde que se puso al servicio del ferrocarril, se había convertido en un sucio pedazo de piedra.

Por eso desvió la mirada y masculló:

—¿Dónde habéis conseguido el ataúd?

—Lo hemos comprado.

—¿Y esa sucia china que hay ahí fuera no lo sabía?

—Claro que lo sabía. Pero como el ataúd lo hemos pagado entre nosotras, no ha puesto inconveniente.

—Bueno, pues enterradla.

Y Davy dio por terminada la cuestión.

Tenía demasiadas cosas en que pensar, cosas en las que se ventilaban miles de dólares, tal vez millones. Porque, en cierto modo, de él dependía el que las obras del ferrocarril siguieran normalmente o no. Por tanto, no iba a perder el tiempo preocupándose de una muerta.

La voz de Lina Wong, dijo suavemente:

—No la vamos a enterrar aquí.

—¿Ah, no?

—Hemos decidido pagar el trasporte del ataúd hasta San Francisco. Allí embarcará en un buque que la devuelva a China.

—¡Mandangas…! ¡Estáis cargadas de mandangas…! —barbotó Davy—. ¡Enterradla aquí, y olvidad esa tontería!

—Mi hermana me siguió hasta el infierno —dijo la muchacha que aún seguía con las manos tapándose la cara—. Es justo que yo la saque del infierno.

Y Lina Wong susurró:

—Señor…

—No me llames «señor», nena. Yo no soy más que un pistolero profesional, carne de horca. No soy más que un granuja.

—Pero a veces hasta los granujas tienen corazón. Y le seguiré llamando «señor». Al fin y al cabo, usted es mi dueño.

—Como quieras, pero abrevia.

—Señor, nosotras tenemos algún objeto de oro. Los escondimos cuando nos vendieron.

—Pues guardadlos. Os van a hacer falta más adelante, cuando sepáis a qué clase de sitio vais a ir. Estaréis tratadas como animales

de carga, y apenas ganaréis para un plato de comida, porque todo el dinero que pase por vuestras manos, que será mucho, irá a parar a los intermediarios. Entre esos intermediarios está la compañía del ferrocarril, que querrá resarcirse de lo que habrá pagado por vosotras.

—Todo eso lo sabemos, señor —siguió diciendo Lina Wong—, y sabemos que ninguna esperanza quedará para nosotras, cuando nos hayamos desprendido de esas joyas. Pero ninguna de nosotras las quiere, si esa pobre niña ha de ser enterrada en tierra extraña. Haremos lo que sea, señor, pero deje que el ataúd vaya hasta San Francisco.

Davy movió negativamente la cabeza.

—No puedo perder tiempo, muñecas. Necesito trasladaros a la terminal del ferrocarril, antes de que se presenten los pistoleros de la *Union Pacific*. Ésta es tierra de nadie, y, por lo tanto, una tierra donde cualquier cosa puede suceder.

—Señor… Haremos lo que usted quiera. Hasta lo más humillante.

—¡Dejadme en paz!

Fue Lina Wong la que se arrodilló. Fue la que trató de besar la mano de Davy.

Éste la apartó de un golpe.

Fue un golpe seco, áspero. El joven no se dio cuenta de la fuerza que tenía hasta que vio caer a la muchacha con los labios bañados en sangre.

Dijo bruscamente:

—¡Vamos! ¡A trabajar…! ¡Sacad esta carroña de aquí!

En ese momento se abrió la puerta. Dos individuos barbudos entraron en el recinto.

Davy los conocía porque eran los encargados de la carreta. En ella hacinarían a las mujeres compradas hasta llevarlas a la terminal, que estaba a un día de marcha.

Sin embargo, no eran amigos suyos. Habían coincidido en aquel viaje, y nada más. Los dos se habían ofrecido voluntarios para aquella misión —que resultaba bastante peligrosa— con tal de ver pronto la «carne fresca» que iba a ser llevada a los campamentos. Verla y tocarla.

Lanzaron una carcajada.

Porque Linda Wong, a pesar de haber recibido el salvaje golpe, aún sujetaba la mano de Davy, y aún trataba de besarla.

Uno de los barbudos la señaló:

—Pero ¿qué es eso? ¡Mira, muchacho! ¡Le quiere besar la mano! ¡Se ve que Davy le ha hecho una caricia que le ha gustado mucho!

—Pues tiene sangre en los labios.

—Yo se la secaré. Sé un sistema para hacerlo, que la va a dejar nerviosa toda la semana.

—¿Y eso qué hace aquí?

—¡Lo que nos faltaba! ¡Un ataúd!

—Lástima que la chica esté muerta.

—Sí, lástima. Hubiera sido guapa, dentro de un año.

—¡Vamos a quitarla de en medio! ¡Hala! ¡Por la ventana!

—¡No queremos muertas!

Davy, que había escuchado aquello con facciones impasibles, vio que los dos hombres sujetaban el ataúd uno por cada lado.

Lo movieron. El cadáver casi saltó.

Y Davy imaginó la escena, cuando el cadáver de la niña, rodara, poco después, por el fango de la calle.

No supo por qué lo hizo.

Pero, de pronto, oyó su voz, que barbotaba:

—¡Quietos!

Los dos le miraron, incrédulos.

—Pero ¿qué cuento te pasa?

—¡Me pasa que esas mujeres son propiedad de la compañía ferroviaria! ¡No se las puede tocar!

—¿A la muerta tampoco?

—¡A la muerta, menos!

—Oye, muchacho, ¿sabes que te estás poniendo muy gallito? —barbotó uno de los pistoleros.

Y el otro:

—No sé qué te has creído.

—Si vinimos voluntarios a este trabajo no fue para estarnos con los brazos cruzados. Estas chinitas son estupendas.

Y uno de ellos alargó la mano.

Demasiado.

Davy sabía que las peleas entre pistoleros de la misma compañía solían castigarse con la muerte, porque, de lo contrario, aquello

hubiera sido una auténtica guerra. Pero otra vez aquel extraño mecanismo funcionó en él. Se sorprendió al oírse gritar:

—¡Vais a estaros quietos! ¡Salid fuera u os volaré la tapa de los sesos!

Los dos se volvieron a un tiempo.

—Muy chulo estás tú, amigo.

—Quizá te has creído que eres el gallito. Por eso llevas la cresta tan alta.

—Y a nosotros tu empleo nos gusta. Tienes buena paga y buena consideración. Puede que te matemos para quedarnos con la plaza vacante.

Davy sabía que aquellos dos tipos no bromeaban.

Por si tenía algún motivo para dudarlo, ambos pistoleros sacaron los revólveres a la vez.

Fue un duelo duro, febril, salvaje, uno de esos duelos entre los que Davy había crecido, y en los que una centésima de segundo separaba la vida de la muerte…

El joven también «sacó» con fulgurante rapidez. Conocía a sus compañeros, y no se fió ni un instante. Hizo un quiebro con la cintura, y el revólver pareció salir sólo de la funda.

Sonaron dos detonaciones.

Los dos hombres se llevaron las manos a la Cara, mientras lanzaban gritos de dolor. Las balas les habían alcanzado casi exactamente por el mismo punto.

Y todo había sucedido en un pestañeo.

Las mujeres chinas que estaban allí apenas tuvieron tiempo de seguir la escena con los ojos.

Lina Wong alzó las manos poco a poco.

Con un soplo de voz, balbució:

—Pero ¿qué has hecho…?

—He matado a dos perros rabiosos, eso es todo. Y ahora, vosotras, ¡fuera de aquí!

—¿Qué dices…?

—¡He dicho que fuera!

—Pero eso significa que…

—¡Estáis libres! ¡No quiero veros más! ¡Si sois un poco listas, aún encontraréis un empleo honrado! ¡Corriendo! ¡Fuera!

Las mujeres no sabían qué hacer. Estaban tan sorprendidas, que

no acertaban ni a moverse.

Lina susurró:

—Pero tú, ¿qué vas a decir?

—Que os habéis escapado.

—¿Y qué te pasará?

—Que me echarán de la compañía, y no podré trabajar en ningún sitio donde la compañía tenga influencia. Pero no importa. Antes del ferrocarril, también vivía de mi revólver, y vivía mejor que ahora.

—¿Y… y la chica muerta?

Davy indicó, por toda respuesta:

—Cerrad el ataúd.

—¿Cerrarlo? ¿Para qué?

—Me lo voy a llevar a San Francisco. Haré que sea devuelto a China.

—Pero… ¡pero te arriesgas demasiado con eso!

En una mezcla curiosa de inglés, español y chino (porque antes de llegar allí corrido medio mundo), Linda Wong le tuteaba, sin darse cuenta de que unos minutos antes le llamaba «señor». Estaba tan aturdida, que era incapaz de pensar.

Davy masculló:

—¡No contestes, y haz lo que te digo! ¡Vamos! ¡Tenéis que daros prisa! ¡Si el canalla de Walter sabe que estáis libres, tratará de pescaros para venderos otra vez!

Las chicas no lo pensaron dos veces.

Salieron disparadas, tras cerrar el ataúd rápidamente.

Davy no supo cómo, pero quedó solo en unos momentos.

Entonces se dio cuenta de que se había metido en un buen lío. Entonces pensó que seguramente acababa de dar el resbalón de su vida.

Pero ya estaba hecho, y Davy era de los que no vuelven atrás. De modo que cargó el ataúd sobre su cadera derecha, sujetándolo con dos brazos, y salió de la habitación.

Trataba de llegar a la calle.

Pero no fue muy lejos.

Walter le esperaba al final del pasillo. Y le apuntaba con una escopeta de dos cañones aserrados.

CAPÍTULO III

Sus facciones estaban desencajadas.

—¡He visto, por la ventana, que algunas muchachas huían! —barbotó—. ¿Qué pasa, Davy? ¿Quieres hundirme el negocio?

—No te preocupes, cerdo. La compañía las pagará igual.

—¡Pero no es lo mismo! ¡Éste negocio de las chinas lo llevaba sin que Cody, mi socio, se enterase!

—Pues apáñatelas con él.

—¡Cody es una bestia! ¡Será capaz de matarme!

—Con lo cual, hará muy bien. Hala, vete al infierno.

Walter barbotó:

—¡El que se va a ir al infierno eres tú! ¡Ya estoy harto de que tu revólver sea la ley! ¡Me has metido en un lío, y vas a pagarlo! ¡Con mis mejores saludos, perro!

Y fue a disparar.

Para él aquello era como una ejecución, ya que Davy no ofrecía ningún peligro. ¿Qué peligro va a ofrecer un hombre que tiene las dos manos ocupadas con un ataúd, el cual sostiene sobre la cadera derecha tapando la funda del «Colt»?

Por eso la sorpresa de Walter fue auténticamente brutal.

Por eso lanzó aquel alarido, al ver la llamarada color naranja ante sus ojos.

Chocó contra la pared, mientras la sangre llenaba su cara, y al final resbaló hasta el suelo, quedando cruzado en el pasillo. La bala le había atravesado la frente.

Davy masculló:

—¿Qué pensabas, idiota? ¿Qué llevaba el revólver en la funda? Lo había sacado antes de cagar con el ataúd, y te estaba apuntando por debajo de él. Buen viaje hasta la eternidad, cerdo. Espero que allí haya una buena fábrica de salchichas para que aprovechen lo que quede de ti.

Pasó tranquilamente por encima del cadáver, y salió a la calle.

Allí la paz era absoluta.

La gente había oído los disparos, la gente estaba enterada de lo que sucedía, pero la gente no se metía en nada.

Allí cada cual iba a lo suyo.

Era una ciudad que daba gusto.

Davy, siempre cargado con el ataúd, se dirigió a un gran almacén de color tiñoso, sobre cuya puerta un cartel decía:

J. HOLMES

Conservación de objetos artísticos

Lo de «objetos artísticos» todo el mundo sabía lo que era.

Cadáveres.

El muy bestia de J. Holmes era embalsamador.

Lo que pasaba era que eso le parecía muy vulgar, y decía que no es ningún pecado adornar las cosas un poco.

Davy puso el ataúd sobre una de las mesas que había más allá de la puerta.

—Trabajo urgente, Holmes. Lo quiero hoy mismo.

—De acuerdo. Le costará cincuenta dólares. Va a quedar como nueva, se lo aseguro. Podrá ponerla en una vitrina.

—Tú trabaja y calla, so animal.

—Desde luego, señor Davy. Voy a hacer una cosa como para chuparse los dedos.

El joven salió de allí.

Sabía que iba a tener que esperar hasta la noche, porque no podía llevarse el cadáver sin embalsamar. Sabía también que, mientras estuviera en la población, aquello sería como un hormiguero de peligros.

Cody no le perdonaría la muerte de su socio.

Aunque sólo fuera por cuestiones de prestigio trataría de vengarle.

Pero eso no preocupaba demasiado a Davy.

Para estos asuntos tenía a su amigo el «Colt», que hasta entonces no le había fallado nunca.

Fue al hotel, alquiló una habitación, se tumbó sobre la cama, y durmió como un bendito.

Había anochecido ya cuando salió de nuevo a la calle. Lo primero que supo fue que Cody le buscaba para matarle, y que además había vendido a la *Union Pacific* las mujeres que él compró a Walter.

Eso significaba que tendría que recuperarlas.

No podía volver a la terminal del ferrocarril sin llevar a las mujeres, que estaban siendo esperadas con ansiedad por todos los gorilas que trabajaban en la vía.

Y eso significaba también que tendría que matar a Cody.

Pero no le importaba.

Cody era tan bicho como Walter.

De modo que…, ¡duro con él! Uno de los dos sobraba en la ciudad.

Davy se acercó al único *saloon*.

La ciudad era un conglomerado de sucias casas de madera, que desaparecería cuando la terminal del ferrocarril estuviera ya lejos. Tal vez lo único que quedaría sería el cementerio, aunque lo probable era que ni eso. Pero mientras tanto, el sitio estaba atiborrado de gente, de violencia y de dinero. En fin, era un sitio que daba gusto.

El joven había visto dos carretas de la *Union Pacific*, y comprendió que eran para llevarse a las mujeres.

Su carreta, la de la *Central*, había desaparecido. Los pistoleros de la *Union Pacific* la habían incendiado después de robar el caballo.

La «colaboración» entre las dos compañías era estupenda.

¡Y eso que las dos estaban tendiendo la misma línea férrea! [3]

Davy se dio cuenta de que tenía ante sí una misión difícil.

Se había complicado él mismo las cosas, cuando ya lo tenía todo resuelto. Total, para ayudar a que el cadáver de una muchacha reposara en su propia tierra.

Pero ya no podía volverse atrás.

De modo que empujó los batientes con el pecho, respiró hondo y pensó: «¡Sal de esto como puedas, muchacho!».

Cody estaba allí.

Cody, el socio del honorable difunto Walter, festejaba la venta con tres pistoleros de la *Union Pacific*.

Todos vieron a Davy. Todos sacaron los revólveres a la vez,

mientras lanzaban una sarta de maldiciones.

—¡Ese condenado perro!

—¡Haremos que lo entierren aquí!

—¡Dadle, muchachos!

Davy no había perdido ni un segundo.

Se daba cuenta de que estaba en situación trágica, y obró en consecuencia.

Ya al empujar los batientes con el pecho, saltó hacia la parte posterior de la barra. Una colección de botellas y de jarros de cerveza se fue al diablo con él. Las balas patinaron sobre la barra, mientras los bebedores que tenían los codos apoyados en ella se ponían a jurar como condenados. Davy rodó por el suelo, y el camarero que estaba sirviendo se empotró en el cristal.

—¡A por él!

—¡No puede escapar!

Los pistoleros de la *Union*, capitaneados por Cody, se abalanzaban también sobre la barra. Pero entonces ocurrió algo que no esperaban, algo que en el primer momento les pareció casi increíble.

¡La barra, uno de cuyos lados estaba empotrado en la pared, se movió!

¡Davy la estaba empujando con una fuerza hercúlea y se la llevaba por delante!

Aquel buitre llamado Cody y los tres gorilas de la Union sintieron que la barra —sobre la cual estaban en aquel momento— vacilaba bajo sus pies. Y cayeron hacia atrás, mientras lanzaban una salvaje sarta de imprecaciones.

Davy patinó sobre el suelo.

Apareció de repente por un lado de la barra, y disparó dos veces sobre Cody.

Éste había tratado de parapetarse tras una mesa, al darse cuenta de que las cosas marchaban mal. Recibió una bala en el vientre y otra en el corazón y se estrelló contra un grupo de bebedores que lo miraban todo desde un lado del local. Los tres pistoleros de la *Union Pacific* corrieron hacia la puerta.

Disparaban para cubrirse unos a otros, y por eso Davy no pudo asomar la cabeza. Sólo en el último instante logró disparar una bala en la cadera izquierda de uno de sus enemigos. Los otros dos

huyeron, y el propio herido, logró alejarse mientras dejaba tras él un río de sangre. Davy hubiera podido rematarlo, pero no lo hizo.

Al fin y al cabo, era un asesino a sueldo como él mismo. Era un perro rabioso, al que pagaban por morder.

Repuso las balas gastadas, guardó el «Colt» y miró al dueño del local.

Éste se había abrazado a una botella, y bebía como un condenado para darse ánimos.

—No…, no dispares, Davy.

—No pienso hacerlo, pero quiero saber dónde están todas las mujeres que yo había comprado.

Walter las…, las volvió a vender a los de la *Union Pacific.*

—Y eso que yo ya había firmado un vale para que mi compañía las pagase… Bueno, ¿dónde están?

—En el piso de arriba.

—¿Libres?

—Sí.

Davy subió al piso que le había indicado el dueño.

Éste consistía en una gran habitación donde estaban todas las mujeres. Habían logrado apoderarse de una botella por cabeza, y cada una estaba a punto de vaciar la suya. De la primera a la última, ninguna se tenía en pie.

Saludaron a Davy con entusiasmo.

—Hola, chato.

—Por fin viene un hombre que vale la pena.

—Si lo meten dentro de una botella, me lo bebo —dijo una de las que estaban más cerca.

Davy golpeó con los nudillos en la pared para imponer silencio.

—Muchachas, vais a salir para la terminal del ferrocarril. Ya sabéis lo que os espera allí; un buen trato, buena comida y buenos hombres. Estaréis tres meses, al final de los cuales podréis largaros, si os da la gana. Y ahora…, ¡andando! ¡Buena suerte, chicas!

Aquello de «andando» era un modo de hablar.

¡Qué demonios iban a andar aquellas borrachas!

Davy tuvo que cargarlas, una a una, y lanzarlas desde la barandilla al piso inferior, donde siempre había al menos una docena de voluntarios que les sujetaban para que no se hicieran daño.

—¡Una!

—¡Dos!

—¡Tres!

Cuando saltó la última, los de abajo lanzaron una exclamación de descanso.

—¿Ya se han terminado?

—¡Esto es un asco!

—¡Ahora, de cualquier cosa decís un cargamento de mujeres!

Davy las hizo subir a una de las carretas de la *Union Pacific*, y se dirigió a poca marcha hacia la terminal. Las mujeres se habían puesto tristes, y cantaban canciones nostálgicas debajo de la lona. Davy mismo se sintió acometido por una especie de desesperación.

Pero tuvo que cerrar los ojos.

Bueno, al fin y al cabo, aquello era el Oeste.

Un Oeste que a muchos les parecía hermoso y que, sin embargo, era infinitamente amargo.

Davy se sentía hermano de aquellas mujeres. Se sentía esclavo de un mundo contra el que era incapaz de luchar.

Pero no podía entretenerse pensando. Tenía que seguir adelante.

Los pistoleros de la *Union Pacific*, a los que puso en fuga, habrían dado parte de lo sucedido, y ahora le buscarían para matarle.

Y ésa sí que era una realidad, con la que tendría que enfrentarse.

Después de dejar a las mujeres cerca de la terminal, en manos de una patrulla que había salido en su busca, Davy regresó a la población. Tenía que hablar con Holmes para ver si había embalsamado el «objeto artístico» que él le entregó.

Y, en efecto, Holmes ya había terminado su trabajo.

Causaba una pena honda y lacerante ver a la pobre muchacha, cuyo rostro tendría ya para siempre una maravillosa virginidad.

Davy se alegró de haber hecho aquello. Por esa sencilla razón, se sentía ya más en paz consigo mismo, y le parecía que su vida no era tan indigna. Cerró el ataúd, lo cargó en la segunda carreta de la *Union Pacific*, que seguía cerca del *saloon*, y se encaminó hacia la terminal.

Allí se estaba organizando la gran juerga.

Las mujeres seguían bebiendo.

Los hombres que estaban de permiso lanzaban gritos de entusiasmo, parecidos a los de los coyotes en celo.

Davy dejó la carreta y se dirigió a las oficinas provisionales de la compañía.

Allí estaba Rambler.

Rambler era el capataz.

Buen chico.

Mejor pistolero.

Inmejorable hijo de zorra.

A Rambler no le importaba que murieran cien hombres por cada milla del ferrocarril, con tal de que la milla del ferrocarril estuviese bien asegurada.

Decía que así se hacía dinero. Y que se hacía grande el país.

Davy escupió al entrar.

Rambler le quería mucho.

Le saludó amablemente.

—Hola, perro.

Contestó Davy:

—Guau, guau.

—Ya he visto que están aquí las mujeres —barbotó Rambler—, pero son todas blancas.

—Sí.

—¿Y las chinas?

—No pude encontrarlas.

Como Cody y Walter estaban muertos, lo más probable era que no presentasen al cobro ningún vale. De todos modos, ése era un asunto que él ya resolvería más adelante, si se presentaba.

—Como los de la *Union Pacific* salgan luego con mujeres chinas, soy capaz de matarte, Davy —dijo Rambler con su característica amabilidad—. Te haré hervir vivo en la caldera de una locomotora.

—Eso significa que primero tendrás que atraparme, Rambler. Y yo también soy de los que saben matar.

—De un modo u otro, ya estás advertido.

—Muy bien, Rambler. Y he de pedirte algo que quiero que me concedas.

—Concesión denegada. Vete al cuerno.

—Más vale que no te pongas duro, Rambler, porque lo voy a

hacer de todos modos.

—Lo único que te concedo yo a ti son seis palmos de tierra para que te sepulten. ¡Hala, perro! ¡Fuera!

Davy hubiera tenido ganas, de decir unas cuantas cosas.

Esas cosas que no pueden reproducirse en un libro.

—Quiero ir hasta Sacramento llevando un cadáver embalsamado —dijo—. Sé que ahora sale un tren de la terminal, llevando unas cuantas cosas. Deja que yo vaya en él.

—Ese tren lleva fardos de material, y además, evacúa unos cuantos heridos. No te acerques a diez pasos de sus vagones o te clavo una bala entre las cejas.

—Narices, Rambler. Voy a hacerlo, de todos modos.

Rambler fue a extraer el «Colt» que llevaba al cinto.

Davy movió el puño derecho.

Fue como la andanada de un acorazado.

Rambler recibió el terrible impacto en el mentón, chocó contra la pared que tenía tras él, y descolgó una especie de diploma donde estaba el que debía ser el emblema de la compañía, y en el que podía leerse: «Amabilidad y corrección en el servicio al público».

Un segundo impacto alcanzó a Rambler en el otro lado de la mandíbula, y lo envió debajo de la mesa.

Luego, Davy se dirigió a la puerta.

—Gracias por haberme concedido el permiso, Rambler —murmuró—. Eres un gran muchacho.

Y salió.

El tren que iba a largarse de la terminal ya estaba encarado a la vía libre. El humo de la máquina era como una llamada en la noche.

CAPÍTULO IV

Cotton era el jefe de aquel tren.

Buen chico donde los haya.

Había cumplido condena de diez años por asesinato.

Y educado.

Soltaba tales maldiciones que hubiera merecido que le saltara en pedazos la lengua.

Y competente.

Entendía mucho de trenes.

Lo único que sabía era que la locomotora no tiene que parar nunca, y cada vez que había un obstáculo en la vía, él lo arreglaba con una ensalada de tiros.

De un modo u otro, los trenes que él mandaba siempre llegaban a su destino, que era lo que interesaba a la compañía. Por eso le trataban mejor que a un ingeniero.

También él quería mucho a Davy.

La última vez que Davy le saludó, Cotton tuvo que comprarse una dentadura postiza.

De modo que, al verle, trató de clavarle la puntera de la bota en ese sitio que usted sabe.

Por poco lo consigue, y en ese caso la historia no hubiera vuelto a hablar nunca del pistolero Davy.

Pero el joven pudo sujetar a tiempo el tobillo de su entrañable amigo y retorcerlo en el aire. Cotton salió despedido, y fue a parar de lleno en una hoguera, que lo obreros acababan de encender.

Inútil es decir todo lo que Cotton soltó.

Cuando lo sacaron de allí tenía las ropas completamente chamuscadas.

—¡Te mataré, maldito! ¡Convertiré tus sesos en pasta para sopa! ¡Con lo que quede de tus dientes, haré un collar para mi perro!

Davy acercó la mano al «Colt».

—Muchacho, más vale que te calmes. Vamos a viajar juntos hasta Sacramento, de modo que cámbiate de camisa y pon buena cara.

—¡Tú no figuras en la lista de embarque! ¡No subirás al tren!

—Subiré con un ataúd.

—Pero…, ¿estás loco?

—Llevo una muerta hasta Sacramento.

—¡No sabes lo que dices! ¡Habrá infección!

—Está embalsamada.

—¡De todos modos, no lo consentiré!

—Claro que vas a consentirlo, amigo.

Y ahora fue Davy el que disparó su pie derecho contra esa parte del cuerpo de Cotton que usted sabe (o que usted imagina), alcanzándole de lleno. Cotton cayó de nuevo sobre la fogata, pero ahora poniendo en ella las posaderas.

—¡Aaauuug…!

Davy dijo calmosamente:

—Te he recomendado antes que te cambiaras de camisa, muchacho, pero ahora tendrás que cambiarte de pantalones. Hala, arreando.

Cotton ya no se opuso más.

Si siguen discutiendo, tiene que cambiarse hasta la piel, de modo que prefirió dejar las cosas como estaban.

Davy eligió el primer vagón, el que estaba junto al ténder contiguo a la máquina.

Prácticamente, aquel vagón iba vacío, con algunos fardos que volvían a Sacramento, así como las sacas de la correspondencia de los obreros a sus familias. En un segundo vagón viajaban unos cuantos enfermos y heridos, que tenían que ser evacuados. Y, por fin, en el tercero, Cotton y los hombres de la escolta.

Davy cargó, pues, el ataúd en el primer vagón, mientras Cotton se acercaba dando saltitos porque aún le dolía todo el cuerpo.

—Muchacho —dijo—. Ya no hablo por mí. Por mí, el asunto queda resuelto. Pero es un error terrible el que estás cometiendo.

—¿A qué viene eso ahora?

—Uno de los gerentes de la compañía está en la terminal.

—¿De quién hablas?

—De Golden.

—Golden es un hijo de perra.

—Por eso mismo. Si se entera de lo que está pasando, es capaz de enviar a una docena de pistoleros para que te cosan a balazos las entrañas.

—¿Una docena de pistoleros? Bueno, ¿y qué? Ya no importa uno más uno menos.

—¿Por qué dices eso?

—Porque he matado a unos cuantos hombres de la *Union Pacific* y es seguro que me buscarán para vengarse. En cuanto sepan que viajo en ese tren, me perseguirán como lobos carniceros.

Cotton le miró, aterrado.

—Pero ¿te das cuenta de lo que dices? ¡No eres más que un condenado verdugo!

—Ése es un asunto que resolveré con mi revólver, Cotton.

—Merecías que te matara aquí mismo, hijo de zorra.

—Hazlo, si puedes.

Cotton no podía, de modo que se limitó a rechinar los dientes y a subir al último vagón.

Desde allí hizo la señal dirigida a los maquinistas.

—¡En marcha!

Los maquinistas quitaron los frenos.

También ellos tenían un oficio condenado. A veces estallaba la caldera por exceso de presión, y los enviaba a todos al diablo: Cuando la caldera iba bien, ocurría que los indios apostados a ambos lados de la vía, se entretenían en tirar al blanco sobre los maquinistas, sabiendo que sin ellos el tren no marchaba. Y cuando un convoy era asaltado por los forajidos, lo primero que hacían éstos era brincar sobre la máquina y apuñalar a los que la servían.

Así no es de extrañar que los maquinistas fueran unos tipos como los piratas de dos siglos antes.

El mejor de ellos, hubiera cambiado a su madre por una botella de ron.

Pero el peor de todos era el llamado el *Parachoques*.

Ése era una especie de bestia, condenada a muerte desde que subía al tren.

Le pagaban espléndidamente, pero raras veces llegaba a gastar su dinero.

Montado en una especie de plataforma que iba delante de la

máquina, iba armado hasta los dientes, y su misión era bien sencilla: tirar a matar contra todo lo que se moviese en la vía, fuera un bisonte o un hombre. Si al propio presidente del Consejo de Administración del ferrocarril se le hubiera ocurrido ponerse a hacer un «pis» en la vía, le habría volado la cabeza.

El *Parachoques* también aulló:

—¡Adelante…!

Y el convoy emprendió la marcha. Empezaba la ruta hacia lo desconocido, porque cada kilómetro de vía era un mundo nuevo. Porque todos sabían que detrás de aquella curva les podía acechar la muerte.

CAPÍTULO V

Davy tenía, por fin, un momento de calma, después de aquellas horas de pesadilla.

Sentado en la puerta del vagón, sintió que el viento le daba en la cara, mientras veía desfilar entre las sombras la llanura silenciosa.

Había empezado ya el otoño, y el frío era bastante intenso. Algunas noches, en las montañas se habían producido las primeras ventiscas. El joven respiró hondo, tratando de tranquilizarse, y luego encendió un cigarro.

Fue entonces, al rascar el fósforo, cuando la llamita le mostró aquella figura.

Estaba muy quieta, sentada sobre uno de los fardos.

Sus facciones, en la penumbra, no eran amarillas sino blancas.

Y sus curvas se insinuaban deliciosas en la soledad del vagón.

El joven lanzó el cigarrillo por la puerta, sin dar una sola chupada.

—¿Qué haces aquí, Lina Wong?

—Sabía que vendrías.

—¿De qué estabas tan segura? ¿De que al final transportaría el cadáver de aquella muchacha?

—Sí. Estaba convencida de que lo harías.

—¿Y por eso me has esperado aquí?

—Te hubiera esperado hasta el fin del mundo, Davy.

—Pues has estado a punto de equivocarte. Es la primera vez que me meto en un lío tan estúpido como éste, y te juro que será la última.

—No, Davy, no será la última, a menos que te maten…

—No sé de dónde sacas esa idea.

—Tú tienes corazón, aunque no lo sepas o no quieras saberlo.

—Mi corazón lo he vendido a la compañía del ferrocarril, nena. Por el momento, lo pagan bien, pero llegará un momento en que no

lo querrán, y entonces me lo devolverán envuelto en un pedazo de papel higiénico. ¿Qué crees que podré hacer entonces? Muy sencillo: arrojar mi corazón a un perro para que se lo coma.

Lina torció los labios con un gesto de contrariedad.

—Hablas como una bestia, Davy.

—Como lo que soy.

—No, no lo eres. Vives como una bestia, pero no es lo mismo.

Los dos guardaron silencio un momento, mientras veían desfilar ante sus ojos la llanura cada vez más negra. Davy pensó que le estaba ocurriendo una cosa extraña. Las mujeres acostumbraban a ponerle nervioso porque no traían más que líos. Era la primera vez que una de ellas le producía, por el contrario, una gran sensación de paz.

—¿A qué te dedicabas antes? —musitó Lina, rompiendo aquel silencio.

—Era protector de hombres y de ciudades.

—¿Pistolero a sueldo?

—Más bien asesino a sueldo. Allí donde tenía que producirse una carnicería, me llamaban. Yo iba, terminaba el siniestro trabajo lo mejor que sabía, cobraba y me largaba. En el fondo, era muy sencillo.

—Tratas de hundirte a ti mismo —dijo Lina—. Estoy segura de que todos los que matabas eran sucios asesinos, fuera de la ley.

—¿Y qué es la ley, muchacha? Aquí la imponen los más fuertes. Lo cierto es que mi revólver nunca estuvo al servicio de una causa declaradamente innoble, pero tampoco eso significa que pueda sentirme satisfecho de mí mismo. Ahora estoy en el ferrocarril porque me pagan más dinero. Pero ¿quién tiene razón en el ferrocarril? ¿Nosotros, los de la compañía *Central*, que hemos empezado el tendido en California para avanzar hacia el este? ¿O los de la *Union*, que lo han empezado en Omaha para dirigirse hacia el Oeste? Todos son iguales. Nos matamos unos a otros para que unos cuantos tipos con chistera ganen dinero. Creo que voy a dejar esto, cuando lleguemos a Sacramento; compraré un par de novillos y unos acres de tierra, y me dedicaré a criar ganado. Ya estoy harto.

—Cuando tengas un par de acres de tierra, también tendrás que defenderlos con el «Colt», amigo. Es inútil que trates de escapar a tu

destino.

Davy entrelazó los dedos.

—Lo malo —dijo— es que me gusta el Oeste. Es que no sabría vivir lejos de aquí.

—¿Tus padres qué eran?

—Mis padres tenían unos acres de tierra y unos novillos. Por eso sueño en tener yo lo mismo. Unos palmos de tierra en los que se pueda vivir en paz.

—Pero tus padres no pudieron vivir en paz, desde el momento en que perdieron todo eso.

—No, no pudieron. A mis padres los liquidaron los indios, como a tantos otros. Y lo peor es que los indios también tenían su parte de razón.

Calló y siguió escrutando las sombras.

Sólo se oía el trac, trac, trac del ferrocarril, que adormecía los nervios.

Lina Wong se levantó, al fin.

Tenía una figura alta, majestuosa.

No era lo que se dice una chinita.

Era toda una señora china.

Davy no hubiese querido pensarlo, pero ya se sabe cómo somos los hombres. De modo que el tío lo pensó.

Y sintió que la oscuridad era su cómplice.

Y sintió unos deseos rabiosos de demostrar que a él las mujeres chinas se le daban bien.

Pero se aguantó porque muy cerca tenían un ataúd, y en el fondo del corazón de Davy aún quedaba un poco de respeto.

Ella musitó:

—Tú eres mi señor.

—Pues algo muy parecido estaba yo pensando, nena.

—¿Qué pensabas?

—Que tú eres toda una señora.

—Lo dices en broma.

—En cuestión de mujeres, yo nunca bromeo, chata.

—Pues yo te hablo completamente en serio. Eres mi señor, y yo soy tu esclava. Haré lo que me pidas, satisfaré todos tus caprichos. Aquí y donde sea. No tienes más que hacerme un gesto con un dedo.

Davy sabía que las mujeres chinas eran muy sumisas y fieles, y que estaban acostumbradas desde muy niñas a recibir órdenes. Pero no contaba con que ésta lo fuera tanto.

—Si te empiezo a hablar de mis caprichos, vas a asustarte, preciosa —dijo.

—En todo lo que quieras, te obedeceré. No lo dudes un momento.

—La verdad es que yo haría una montaña de cosas —dijo Davy, animándose—, pero lo malo es que aquí tenemos una muerta.

—Los muertos no nos asustan. Por el contrario, los muertos nos ligan al pasado, y dan un sentido a nuestra vida.

Y se inclinó sobre Davy, ofreciéndole sus labios. Éstos eran rojos, pulposos, dulces. Sus labios eran los de una auténtica princesa. Davy pensó que en toda su vida no los había encontrado mejores.

Y se animó del todo.

Empezó a besarlos con un entusiasmo que, por poco, funde los raíles.

Pero la cosa duró apenas unos segundos.

Porque en aquel momento el *Parachoques* empezó a disparar como un condenado.

—¡Cuidado, muchachos! —barbotó—. ¡Están aquí los de la *Union Pacific*!

CAPÍTULO VI

Davy sabía que venían por él.

Debían haberse enterado de que el matador de sus mejores pistoleros había salido de la terminal, y querían ajustarle las cuentas. El tren dejó inmediatamente atrás a algunos jinetes, uno de los cuales se bamboleaba sobre la silla.

El *Parachoques* le había alcanzado.

Pero él también había sido tocado a su vez. Se oyó un largo aullido de agonía.

Saltó a la locomotora.

Quedó a un lado de la vía, y los jinetes le remataron. El que se bamboleaba sobre la silla ya había caído definitivamente.

Davy lamentó no tener un rifle.

Los de la *Union Pacific* disponían de «Winchester», y tiraban con ellos desde las sillas de sus caballos. Las tablas de que estaban construidos los vagones fueron fácilmente perforadas. Se oyó en el último de ellos algún grito de agonía.

Davy frunció el ceño.

Era un mal asunto.

Y como él tenía en gran parte la culpa de la situación, era él quien debía resolverla. Por eso dijo a Lina Wong:

—Ocúltate, si hace falta, detrás del ataúd. No te asomes para nada.

—De acuerdo, Davy.

Él se aproximó a la puerta, a pesar de que así se exponía a recibir una rociada de balas.

En efecto, uno de los jinetes le vio.

—¡Allí!

Davy no se estuvo ni dos segundos en el mismo sitio. Hizo una ágil contorsión, y trepó hasta el techo.

Dos balas le siguieron.

Se pegó al techo del vagón, y comprendió que había hecho muy bien en situarse allí, porque dos de los hombres de la *Union* ya habían empezado a trepar por el furgón de cola, estaban también en el techo, y se miraron fieramente desde unas veinte yardas de distancia.

Todos vomitaron plomo.

Davy los había enfilado unas décimas de segundo antes, y fue él quien clavó las balas definitivas. Las de sus enemigos pasaron altas. Se les vio resbalar, intentar sujetarse angustiosamente al techo del vagón, y luego caer a la vía.

Mientras tanto, los jinetes seguían galopando junto al tren, que no conseguía despegarse de ellos.

Eran cuatro.

Davy aulló:

—¡Fuera, idiotas! ¡Vais a morir…!

Sabía que no tenían ninguna posibilidad de salvación, si seguían acompañando al tren, desde el cual se les disparaba continuamente. Pero, de pronto, una bala de fuego brilló en el aire.

Uno de los pistoleros acababa de lanzar una antorcha. ¡Y penetró en el vagón donde estaban los heridos!

Entre maldiciones y gritos, trataron de apagarla, pero las llamas prendían. Davy se dio cuenta de que el tren podía convertirse dentro de muy poco, en una pira rodante.

Otro de los pistoleros lanzó una segunda antorcha.

Pero ya no pudieron atacar más. Desde el tren se les enviaba una auténtica barrera de fuego. Los cuatro cayeron de sus caballos para quedar muertos en la llanura. Las monturas siguieron su galope, y acabaron siendo tragadas por las sombras.

El tren había aminorado su marcha, pero aun así el viento avivaba el fuego dentro del vagón de los enfermos y heridos. Éstos luchaban desesperadamente contra las llamas, sabiendo que allí se jugaban la piel.

Al fin consiguieron dominar el incendio. El tren pudo seguir su marcha normal, aunque había serios desperfectos en el vagón siniestrado.

Davy comprendió que tendrían que parar en Terminal Dos, que era la primera estación que venía después de la más avanzada, llamada siempre Terminal Uno, o Terminal a secas. Repararían los

desperfectos y podrían seguir.

Ésa era, al menos, su intención, pues estaba decidido a no terminar el viaje hasta Sacramento.

Pero en Terminal Dos le esperaba una condenada sorpresa.

CAPÍTULO VII

Golden estaba junto a la vía, con todo su estado mayor de pistoleros profesionales. Golden era uno de los gerentes de la compañía, y tenía fama de ser también una de las bestias humanas más importantes del ferrocarril. Para él la vida de un hombre tampoco importaba nada, mientras la vía avanzase.

Además, era un enamorado de los reglamentos.

Al saber que Davy no tenía autorización para viajar en el convoy, montaría en cólera, y quizá le haría matar.

Por eso el joven preparó el revólver.

Estaba decidido a llegar hasta el fin.

Una vez empezada aquella condenada aventura, no la dejaría, por nada del mundo.

Dijo a Lina Wong, mirándola de soslayo:

—Es posible que todos esos tipos que ves a un lado de la vía quieran matarme. Tú mantente aparte, y procura salvar tu piel. Eso es todo lo que has de hacer.

—Pero…, ¿cuál es tu plan?

—Defenderme. ¿Te parece poco?

—No podrás. Ellos son cinco.

—Aún no estoy seguro de que quieran matarme. De todos modos, pon mucha atención.

El tren disminuía la marcha.

Delante de Golden y sus gorilas, frenó el vagón donde estaba Cotton.

Golden vestía como un auténtico caballero.

Masculló:

—¿Qué ha pasado, Cotton?

—Los de la *Union Pacific* nos atacaron, señor.

—No había razón para ello. Hasta ahora, no se meten con nuestros trenes. ¿Es que ocurre algo especial?

—Sí, señor Golden. El pistolero Davy.

—¿Qué pasa con él?

Davy saltó del vagón para dar explicaciones, antes de que lo hiciera el otro.

—Me perseguían a mí —dijo—, y yo los he liquidado. La culpa es mía, Golden.

—Llámeme señor Golden.

—Como le parezca, señor, señor, señor, Golden.

Uno de los pistoleros puso la derecha sobre la culata y advirtió con voz ominosa:

—Menos chulerías, Davy.

Éste comprendió que le convenía callarse, de modo que apretó los labios y dijo solamente:

—Ya no habrá más problemas con los de la *Union Pacific*.

—¿Tienes permiso para viajar? —preguntó Golden.

—No.

—Pues, entonces, ¿por qué te has metido en ese vagón?

—Llevo un ataúd.

—¿Un qué…?

—Un ataúd para que el cuerpo que contiene pueda ser devuelto a China.

—Hum… Uno de esos sucios obreros amarillos, que quieren ser sepultados en su tierra, ¿eh?

—Prefiero no mentir, señor Golden. Es el cuerpo de una muchacha.

—¿Una fulana?

—No.

—Pues la compañía no tiene en ningún caso obligación de repatriarlo. ¡Vamos, muchacho! ¡No quiero porquería en mis vagones! ¡Sacad esa carroña y echadla a la vía! ¡Los coyotes se encargarán de liquidarla antes de que amanezca!

Dos de los pistoleros avanzaron. Davy sacó instantáneamente el «Colt».

—Poco a poco, compadres.

Golden palideció mortalmente.

—¿Cómo te atreves a…?

—Sólo he dicho que poco a poco.

—Vas a jugarte la piel, Davy.

—Perfecto. Me la voy a jugar.

Durante unas fracciones de segundo, el silencio y la tensión dramática se hicieron insoportables en torno al vagón. Parecía como si todo fuera a romperse de pronto en un vendaval de fuego.

Y en realidad hubiera ocurrido así, caso de no haberse presentado, de pronto, Lina Wong. Porque Lina Wong supo que ella era la culpable y se dispuso a dar la cara. Su aparición fue sencillamente asombrosa, porque quizá nunca Golden y sus sicarios habían visto una belleza semejante.

La luz de las antorchas aún hacía más soberana aquella hermosura.

Entre la fealdad de los andamiajes, las tablas, los hombres barbudos, la hermosura de Lina Wong tenía algo de irreal. Todos quedaron boquiabiertos mirándola, o inmediatamente todos pensaron lo mismo: que aquella mujer no se les escaparía.

Davy lo adivinó en sus ojos.

Conocía bien a aquella especie de buitres.

Y barbotó:

—Lina Wong no tiene nada que ver con esto, amigos. De modo que el que quiera jaleo, sólo ha de hacer una cosa: acercar las manitas a ella.

Uno de los pistoleros rió, y fue a dar un manotazo a la muchacha.

O lo había tomado en broma o había querido humillar a Davy para llegar a ocupar su puesto.

Pero el joven ni siquiera pestañeó.

Disparó a través de la funda.

El pistolero saltó hacia atrás, llevándose las manos al corazón perforando por la bala.

Los otros intentaron desenfundar.

Pero Golden se dio cuenta de que quizá una de las primeras víctimas sería él, de modo que impuso calma con un seco gesto.

—Quietos —dijo—. Eso lo discutiremos más adelante. Tú, Davy, llévate a esta mujer.

—¿Adónde me la llevo?

—Quédate con ella en el *saloon*, mientras reparamos los desperfectos del vagón o lo sustituimos por otro. No hay más remedio, si queremos que el convoy viaje en buenas condiciones.

—De acuerdo, Golden, pero ¿y el ataúd?

—Te prometo que no haré nada a espaldas tuyas. Dentro de quince minutos, iré a verte al *saloon*, y hablaremos cara a cara de lo que hay que hacer.

Davy apretó los labios otra vez.

—Si quiere engañarme, lo pagará, Golden. No me importa que esté rodeado de una corte de asesinos, por la sencilla razón de que yo soy un asesino peor que todos ellos.

—No sacaré el ataúd de ahí. Y te prometo que hablaremos, Davy.

—De acuerdo, pero está advertido.

Davy sabía que no podía fiarse. De todos modos, Golden parecía hablarle en serio, y además no tenía motivos para mentir. Quizá llegarían a un acuerdo.

Golden era uno de esos tipos políticos, que ceden cuando saben que les conviene ceder.

De modo, que se dirigió con Lina Wong al saloon.

El *saloon* del Terminal Dos era bastante mejor que el de Terminal Uno, por la sencilla razón de que ya llevaba más tiempo en funcionamiento. Mientras el de Terminal Uno era un simple barracón, éste daba la sensación de cosa más estable. Había unas cuantas mesas, un escenario, casi siempre vacío —porque las bailarinas resultaban demasiado caras— y una gran barra, donde los ferroviarios trasegaban alcohol por barriles enteros.

Trenes completos, cargados de ron y de *whisky*, llegaban sin cesar a las terminales.

Y nunca daban abasto.

Los indios se derretían por capturar un tren lleno de alcohol. Y, cada vez que lo conseguían, empezaba una nueva guerra.

Davy y la muchacha entraron en el *saloon.*

Todos los que estaban allí clavaron sus ojos en la figura obsesionante de Lina Wong.

Davy no quiso ni imaginar lo que ocurriría con la muchacha, si a él llegaban a matarle.

Le indicó que tomara asiento.

—Es una situación difícil, Lina —murmuró—. Quizá Golden haya ido a buscar refuerzos para acribillarme a tiros, y entonces se quedará contigo. He notado que tú le gustas.

—Lo único que pretendo es que…, que no ultrajen el cuerpo de la pequeña.

—Ése es capaz de todo, pero te juro que, si algo ocurre, lo va a pagar muy caro.

—Deja que yo te ayude, Davy. También sé manejar un «Colt».

—Olvídalo. Lo único que has de hacer es apartarte de las balas, cuando las oigas silbar. Y ahora, atención. Porque parece que ese tipo se ha decidido muy pronto.

En efecto, Golden acababa de entrar en el *saloon.*

Y se dirigía hacia ellos.

CAPÍTULO VIII

Davy se tranquilizó enseguida al verle, porque en el rostro del millonario flotaba una sonrisa cordial. Tomó una silla y se sentó junto a ellos, mientras murmuraba:

—¿Molesto?

Sus ojos estaban clavados en la figura de Lina. Davy notó que la muchacha le gustaba enormemente a Golden, y que éste no trataba de disimularlo.

Pero las primeras palabras del magnate de la compañía fueron tranquilizadoras.

—Todo arreglado —dijo—. Hemos cambiado el vagón que había sufrido el incendio, y ya se puede seguir viaje.

—¿Quiere decir que no hay inconveniente en que lleve el ataúd a Sacramento? —preguntó Davy.

—No, no hay ninguno, pero con una sola condición: que no se meta en más líos.

—Los líos yo no los busco, Golden. Vienen a buscarme a mí.

—Pues esquívelos. Ya que el tren lleva unos cuantos heridos y enfermos, tengo el máximo interés en que no ocurra nada. Cuando llegue a Sacramento, envíame un emisario por el primer tren que salga hacia la Terminal, indicando que todo ha ido bien.

Davy cabeceó afirmativamente.

—Así lo haré, Golden, y permita que le dé las gracias.

—¿Por qué?

—Creí que iría a plantearme dificultades.

—Para mí lo único importante es el ferrocarril —dijo Golden—, pero, fuera de eso, procuro no meterme con nadie.

—Repito que le estoy muy agradecido. ¿Cuándo podemos salir?

—Ahora mismo.

Davy hizo una seña a la muchacha, y los dos salieron. Todos los hombres que había en el *saloon* se la quedaron mirando. Muchos de

ellos tenían los ojos vidriosos de deseo.

—Si caes en sus manos, estás lista —dijo Davy, al notarlo—. No sé cómo tus padres te vendieron para el ferrocarril, muñeca.

—Necesitaban dinero, y yo era lo único que tenían. Me hubiesen vendido a cualquiera que diese algo por mí…

—Pero el ferrocarril paga mal, y por eso no puede tener mujeres como tú. Podían haberte vendido en cualquier garito elegante de San Francisco, donde los hombres habrían pagado fortunas por tenerte. Vendiéndote al ferrocarril, te han desperdiciado.

—Hablas como si yo fuera un objeto —balbució Lina.

Davy se mordió el labio inferior y no contestó. ¿Qué podía decirle? Demasiado sabía ella que era un objeto, de los que se compran y se venden. Demasiado sabía Davy que él lo era también. Por si les quedaba alguna duda al respecto, oyeron tras ellos la voz de Golden:

—Debo advertirle una cosa, Davy.

—¿Qué?

—Esta mujer debe ser propiedad de la compañía.

Davy se detuvo y se volvió.

En sus ojos brillaba una peligrosa chispita acerada.

—Ya no lo es —dijo.

—¿Por qué?

—La he comprado.

—¿Ah, sí…? ¿No sabe que los empleados del ferrocarril no pueden comprar cosas a la compañía?

—Esto ha sido una excepción.

—¿Y con qué dinero la ha pagado?

—La estoy pagando todavía.

—No acabo de entenderlo —masculló Golden—. No vendemos cosas a plazos.

—La estoy pagando con mi revólver —dijo la voz helada de Davy—. He gastado ya en ella bastantes balas, pero estoy dispuesto a gastar más.

Era una amenaza tan clara que ni Golden ni su corte de pistoleros se atrevieron a discutirla. Golden señaló el ferrocarril.

—Hala, largo de aquí —dijo—. No quiero conflictos.

Al acercarse al tren, Davy se dio cuenta de que el vagón parcialmente incendiado había sido cambiado por otro. Los heridos

y enfermos yacían en él, y esperaban pacientemente a que el convoy arrancase. Cotton se hallaba cerca de la máquina, hablando con un nuevo *Parachoques*, el cual, además del rifle y los revólveres, llevaba en el cinto una serie de cartuchos de dinamita.

Cuando el *Parachoques* se hubo instalado en su peligroso lugar, Cotton se volvió hacia Davy.

—Vamos —dijo—. Hay que arrancar cuanto antes.

Davy miró al ataúd.

Todo estaba tal como él lo dejó. Golden, por lo visto, no tenía ganas de problemas. Las cosas, después de todo, no se presentaban tan mal como imaginó al principio.

Hizo una seña al maquinista para que arrancase.

Se situó junto al ataúd, y pronto el pequeño convoy dejó atrás la Terminal Dos, perdiéndose en las sombras de la noche.

La vía había sido construida con toda rapidez, y, por tanto, había sido construida mal. Había momentos en que el tren parecía ir a hundirse porque las traviesas se hallaban deficientemente asentadas. Y otros momentos en que parecía ir a salirse de las curvas porque éstas habían sido calculadas mal. Por otra parte, los vagones no llevaban parachoques, sino que iban unidos simplemente por cadenas. Eso quiere decir que, cada vez que frenaba el de delante, el de atrás no tenía materialmente nada que lo detuviese, y se empotraba en el primero. Los sustos y las caídas eran mayúsculos.

Pero, por fortuna, el convoy en que viajaba Davy llevaba una marcha bastante regular, y no necesitaba detenerse en ningún sitio.

Tanto es así que el joven se sintió invadido por esa somnolencia tan especial que siempre ha causado a la gente el traqueteo de los ferrocarriles. Lina Wong ya se había extendido a un lado del vagón, y dormía en el suelo, con esa placidez y esa resignación de las mujeres orientales. Su belleza era así más quieta, más serena, y Davy se juró a sí mismo que no la abandonaría a su suerte. Pero eso le hizo sentir un oscuro temor.

¿Qué haría con ella? ¿Cómo podía ayudarla él, que no era más que un sucio pistolero, al que cualquier día coserían a balazos? ¿Y cómo podría ocultarla si los gerifaltes de la compañía se empeñaban en que la chica era de su propiedad?

Pensó que, cuando llegara a San Francisco, podría ocultarla. San Francisco era una pequeña Babel. Y en su famoso Barrio Chino había tantos recovecos, tantos escondites, tantas habitaciones clandestinas, que no sería demasiado difícil hacer desaparecer a Lina Wong.

Mientras se sumía en éstas reflexiones, fue quedando dormido.

El tren iba a buena velocidad, y el aire fresco llenaba el vagón. Se estaba bien así, viendo desfilar las sombras. Davy terminó cerrando los ojos, y dejó caer la cabeza a un lado. Pensaba que ahora ya no corría ningún peligro.

En lo cual, naturalmente, se equivocaba de medio a medio.

CAPÍTULO IX

Lo primero que le despertó fue aquel contacto duro en la sien. Pensó que su cabeza acababa de rozar con uno de los hierros del vagón, y fue a apartarla. Pero el hierro siguió en contacto con él, lo cual resultaba bastante extraño.

Davy abrió los ojos mientras llevaba maquinalmente sus dedos hacia la funda pistolera. Pero se encontró con la segunda y desagradable sorpresa: la funda estaba vacía.

A partir de ese momento, ya nada le sorprendió. Ni siquiera cuando vio que un «Colt» del 45 estaba medio empotrado en su sien.

Tres hombres se hallaban en el interior del vagón.

Uno le amenazaba a él, otro apuntaba a Lina y el tercero guardaba la puerta. Eran individuos desconocidos que tal vez pertenecían a la *Union Pacific*, pero que seguramente eran simples salteadores de trenes. Porque los de la *Union* rara vez asaltaban los trenes de la compañía rival, aun cuando destruyeran las instalaciones.

Davy musitó:

—¿Cómo habéis podido entrar?

—Porque aquí nadie vigila y porque el tren ha perdido mucha velocidad en una pendiente. Nosotros estábamos apostados, esperando. Y ahora basta de charla, y ponte en pie.

—¿Sois de la *Union Pacific*?

—¿A ti qué te importa?

Davy comprendió que no lo eran.

Pero no entendía aquello. Resultaba absurdo atacar un tren que no llevaba nada de valor. Si no era por venganza, ¿por qué diablos lo hacían?

Se fue poniendo en pie, mientras su enemigo le apuntaba a muy poca distancia.

Davy trataba de ganar tiempo, pero los atacantes no estaban dispuestos a perderlos. Le señalaron la puerta del vagón.

—Ponte ahí.

—¿Qué vais a hacer?

—Ya lo verás enseguida.

Davy cerró un momento los ojos.

No hacía falta romperse mucho la cabeza con aquello. Le colocarían junto a la puerta, y le coserían a balazos. La fuerza del plomo le empujaría fuera del vagón y…, ¡asunto concluido!

No era eso lo que importaba más a Davy. Sabía que algún día tenía que llegar. Pero lo que le aterrorizaba era pensar lo que iba a suceder con Lina.

Ella lo contemplaba todo con ojos muy abiertos.

Aunque los chinos son fatalistas, esta vez la muchacha estaba aturdida por el horror.

Uno de los pistoleros gritó:

—¡Deprisa! ¡Junto a la puerta!

Davy no veía ninguna posibilidad de liberarse. ¿Saltar del vagón en marcha? Imposible, porque le estaban apuntando y le acribillarían antes de que lo hiciese. ¿Pelear? ¿Cómo iba a hacerlo, sin armas y contra tres enemigos que ya tenían los dedos en los gatillos?

Estaba ya junto a la puerta del vagón.

Desesperadamente, trató de encontrar una salida que no existía.

Y de pronto, ocurrió una especie de cataclismo.

La cosa era sencilla, sin embargo, y sucedía muchas veces en los trenes. La máquina acababa de frenar ante la presencia en la vía de una manada de bisontes o de una vaca despistada, y los vagones —carentes de parachoques, como se ha dicho— estaban estrellándose en cadena. El de Davy se medio empotró en el ténder. Todos los que estaban en él, saltaron como si hubieran sido sacudidos por un terremoto.

Las balas arañaron el aire.

Pero los pistoleros no habían podido precisar la puntería, y por eso ni uno solo de los proyectiles arañó a Davy. Éste se encontró, de pronto, junto al techo, y luego dio una vuelta completa de campana en el vagón. Se estrelló contra una de las paredes de madera en el instante en que los pistoleros saltaban en todas direcciones.

El ataúd también resbaló por el suelo del vagón.

Uno de los pistoleros recibió el golpe de la caja, trastabilló y fue a caer al exterior, mientras lanzaba un aullido. Ahora la máquina había reemprendido bruscamente la marcha, y la inercia hacía que todos bailaran a la vez.

Davy apoyado en un ángulo del vagón, tuvo el suficiente equilibrio para extraer, con un gesto centelleante, el pequeño cuchillo que siempre llevaba remetido en la bota.

Lo lanzó secamente.

El pistolero que antes le amenazaba, y que ya estaba a punto de enfilarle otra vez con su «Colt», le recibió de lleno en el pecho. Lanzó un gemido, mientras se bamboleaba y caía también fuera del vagón. Antes de hacerlo, disparó dos balas que rozaron la cabeza de Lina.

El tercer pistolero ya iba recuperándose, porque el tren reanudaba su marcha normal. Davy comprendió que todo dependía ahora de la velocidad de sus movimientos, y que, si quería seguir vivo, tenía que convertirse en un rayo.

Se lanzó de cabeza como si quisiera abrazarse al «Colt» de su enemigo.

Éste disparó, y la bala se llevó parte de la camisa del joven, produciendo un arañazo en la piel. Davy chocó contra su enemigo y los dos rodaron abrazados por el suelo del vagón.

La preocupación de Davy estaba en inmovilizar el «Colt» del otro. Rodaron hasta la puerta y se detuvieron en el umbral de ésta, a punto de caer. Lina Wong trató de ayudar a su amigo, pero temió que, si tocaba a alguno de los hombres, los dos se fueran abajo.

Davy pudo golpear contra el umbral la muñeca de su enemigo.

El umbral tenía un refuerzo de hierro, y hacía tanto daño como un martillo. El pistolero agarró frenéticamente el cuello de su antagonista, pero tuvo que soltar su arma.

A Davy le faltaba la respiración.

Su enemigo le ahogaba.

Pero le sujetó la cabeza y la golpeó también contra el refuerzo de hierro del umbral. Lo hizo con tanta fuerza que por poco lo desnuca. Los ojos del pistolero quedaron blancos.

La presión de las manos se aflojó.

Davy repitió el golpe.

Notó que su agresor perdía la fuerza. Los dos impactos habían sido abrumadores. El joven le sujetó por los cabellos y alzó la cabeza.

—¿Quiénes sois? —barbotó—. ¿Os ha enviado la *Union Pacific*?

El otro pudo balbucir apenas:

—No…

—¿Pues quién os ha enviado?

—A nosotros no nos pagan por hablar…

—¡Dime qué es lo que buscabais! ¡Dímelo o te parto la cabeza!

El otro sonrió de una forma extraña.

Estaba intentando sacar el cuchillo que llevaba al cinto, comprendiendo que Davy no se fijaba en él. Llegó a ponerlo casi bajo el pecho del joven.

—¡Davy!

Era Lina Wong la que había gritado. Sin ella, es posible que el cuchillo hubiera penetrado hasta el fondo de su corazón. Éste dio un empujón a su enemigo, y lo envió fuera del tren.

Se oyó un aullido aterrador.

Davy no se había dado cuenta hasta entonces de que estaban siendo rodeados por una especie de terremoto. Una manada de bisontes les seguía. El pistolero fue destrozado, en cuestión de segundos, por centenares de pezuñas.

Los bisontes amenazaban con volcar el tren. Algunos de ellos chocaban ya contra las ruedas. Pero, con la misma velocidad con que habían aparecido, se dispersaron. De pronto cambiaron de dirección, y el lejano trueno que formaban se lo tragó la noche.

El joven se sentó unos momentos junto a la puerta, mientras tragaba aire. El cuello le dolía aún a causa de la presión de las manos de su enemigo.

Lina estaba silenciosa en su rincón, como si otra vez la dominara el típico fatalismo de los orientales.

Davy murmuró:

—No lo entiendo.

—¿Por qué crees que nos han atacado?

—Eso es lo que no sé. No había ningún motivo. Es natural que los de la *Union Pacific* quieran vengar la muerte de sus pistoleros, pero no se hubieran arriesgado tanto. Ahora este asunto es para ellos agua pasada.

—Pues, ¿qué explicaciones hay…?

—Creo que, por desgracia, pronto lo averiguaremos.

—¿Qué tratas de insinuar?

—Repetirán el golpe. El tren pasa por muchos sitios desde donde es fácil saltar a los vagones. No sé lo que buscan, pero es seguro que la cosa no quedará así.

—¿Cómo es posible que nadie se haya dado cuenta?

—Porque todo ha sido muy rápido. Acechaban junto a la vía, y han saltado. Ni Cotton ni los demás han podido verlo.

Lina Wong juntó un momento las manos, como en actitud de súplica. Davy no lo veía, a causa de la penumbra, pero en sus ojos palpitaban un profundo dolor.

—Davy —susurró—, estás corriendo demasiados peligros por mí. Deja que siga sola.

—¿Y cómo vas a seguir sola?

—Llegaré hasta Sacramento, si tengo suerte, y luego, tal vez pueda alquilar una carreta hasta San Francisco.

—Olvídalo. ¿Y quieres que te diga una cosa? Creo que no me iría de aquí por nada del mundo. Tengo curiosidad por saber por qué demonios nos han atacado.

La verdad era que tampoco quería separarse de Lina Wong, por una razón: Lina Wong era la muchacha más bonita que había conocido.

Pero eso se lo calló.

Y es que los hombres sólo acostumbramos a decir la mitad de lo que pensamos.

Y aun la mitad que decimos nos trae conflictos…

CAPÍTULO X

Había amanecido sin ninguna novedad. Habían parado en una pequeña cantina pegada a la vía (porque los ferrocarriles tenían entonces casi la misma organización que las diligencias) y habían podido seguir viaje en medio de una perfecta calma. Davy empezaba a creer que lo de la noche anterior había sido una tormenta, que volvería a repetirse.

Hacia el mediodía pararon de nuevo para comer. La ruta hasta Sacramento estaba jalonada de barracones con material y con diversos servicios. Parte de aquellos barracones serían luego estaciones definitivas, junto a las que nacerían los pueblos. Pero la mayoría, los que no estaban cerca de los caminos principales, acabarían siendo abandonados, tragados por el polvo y devorados por las ratas.

De los heridos que viajaban en el último vagón, uno había muerto, de modo que lo enterraron a un lado de la vía. Nadie lloró por eso. La muerte era tan natural en el ferrocarril como lo eran las traviesas y los clavos para fijar las vías. Después, en uno de los barracones que servía de cantina, se dispusieron a comer.

Pasaba mucha gente por allí.

Algunas diligencias conectaban ya con el ferrocarril, y los barracones eran un hormiguero de gentes de toda clase.

Davy estaba atento porque en cualquier instante podía surgir el peligro de nuevo. Aquel peligro cuyo origen él desconocía aún.

El estar atento le permitió observar que alguien se fijaba detenidamente en Lina Wong. Mejor dicho, en Lina Wong se fijaban todos, pero había un tipo que le dedicaba un especial interés, un interés insolente. La miraba de arriba abajo, con aspecto de hombre entendido, sin querer darse cuenta de que iba acompañada.

Era un hombre vestido elegantemente, y al que no le faltaba ni una magnífica chistera.

Davy le conocía.

Susurró:

—¿Por qué te mira tanto Marvel?

La respuesta de Lina Wong le dejó desconcertado:

—Me conoce de San Francisco.

—Yo creí que, casi al pie del barco, vuestros padres os habían vendido a los traficantes del ferrocarril.

—Y es cierto, pero a mi intentó comprarme alguien más.

—Marvel es uno de los agentes teatrales más desvergonzados que hay en California —susurró Davy—. Contrata chicas para los teatrillos de San Francisco, pero también para los garitos y las casas de placer. ¿No ofreció a tus padres una buena cantidad?

—Sí. Más que los del ferrocarril.

—¿Y por qué no te vendieron a Marvel?

—Porque yo quería acompañar a mis desgraciadas amigas. Quería hacer por ellas todo lo que fuese posible.

—No hubieras podido hacer nada.

—Lo sé, pero al menos quería intentarlo.

Davy bebió un sorbo de café, mientras la miraba fijamente.

—Sigo creyendo que tus padres hicieron un mal negocio al venderte a unos granujas pobretones como Cody y Walter —dijo—. En San Francisco habrías dado muchos más «beneficios».

Hablaba despreocupadamente de aquel sucio asunto porque muchas chicas seguían el mismo camino, y había tratado de habituarse a no dar a aquello demasiada importancia. Pero, en el fondo de sí mismo, una pena muy intensa le destrozaba los nervios.

Sabía que no podría soportar aquello mucho tiempo más.

Ansiaba desesperadamente un pedazo de tierra, unos árboles, unos animales que le conocieran y le amaran.

—Fue culpa mía —musitó Lina—. Ya te he dicho que yo quise seguir a mis compañeras. Pero también intentó llevarme alguien más. Ése no trataba de comprarme, sino de contratarme.

—¿Quién?

—Un hombre llamado Doyle.

Davy parpadeó.

La verdad era que no había esperado aquello.

—Doyle —dijo— es el mejor empresario teatral de San Francisco, y además es un hombre honrado. No quiere a las chicas

para corromperlas, sino para lanzarlas a la fama. Ir a parar a sus manos hubiera sido la fortuna para ti. ¿Cómo la despreciaste?

—No quería separarme de mis compañeras, y además no sabía quién era Doyle.

—Perdiste la mejor ocasión de tu vida, muchacha. Pero me extraña que él se fijara en ti, una chica desconocida.

—Estaba cantando en el puerto para distraer a mis amigas. No tengo mala voz.

—Y además, tienes una estupenda figura, que es lo importante. En cualquiera de los teatros de Doyle, tú llenarías el patio de butacas. Y voy a decirte una cosa, Lina: Cuando lleguemos a San Francisco, si es que llegamos, trataré de dejarte en sus manos. Dentro de unos años, puedes ser una mujer famosa y rica.

Ella no contestó.

No pudo hacerlo porque en aquel momento se acercaba Marvel a su mesa.

Marvel sonreía amigablemente.

—Hola, Davy. Es una sorpresa verte por aquí.

—No es ninguna sorpresa. Tú sabes perfectamente que voy de un lado a otro de la línea, cumpliendo con mi sucia misión de granuja.

—Pero creí que te tenían en la terminal, donde hay tiros cada día.

—Hay tiros en todas partes. ¿No tienes otra cosa que comentar, Marvel?

—Sí. Que vas muy bien acompañado.

—O mal acompañado, según como se mire. Pero es asunto mío.

Marvel rió.

—No te pongas así conmigo, hombre. Soy inofensivo. ¿No ves que llevo la mano derecha enyesada?

En efecto, la llevaba cubierta completamente de yeso y vendaje. Marvel no estaba en situación de atacar a nadie.

El joven preguntó, sin ningún interés:

—¿Qué te ha pasado? ¿Te ha mordido alguna de las chicas a las que secuestras?

—Je, je… ¡Qué mala fama tengo! Simplemente me atrapé la mano entre dos vagones del ferrocarril. Por poco, la pierdo del todo. Mira, mira…

Acercó la mano vendada casi hasta los ojos de Davy. Pero éste vio algo que no era precisamente muy tranquilizador. Vio que entre los vendajes asomaba la punta del cañón de un revólver.

Era una miserable trampa. Una de las cochinas trampas que Marvel solía emplear.

Había podido apuntarle sin llamar la atención, y sin que el otro pudiera defenderse. Ahora Marvel rió lenta y ominosamente, mientras casi frotaba en el cañón uno de los párpados del joven.

—Suelta tu «Colt», muchacho.

Davy ni siquiera pestañeó.

—Tenía que haber comprendido que preparabas una de tus canalladas, Marvel. No debí dejar que te acercases.

—Ahora ya es demasiado tarde para lamentarlo. Suelta el «Colt».

Davy lo sacó de la funda con dos dedos, lo tiró al suelo. En la cantina todo el mundo se había dado cuenta de lo que sucedía, pero nadie se atrevía a intervenir.

Davy susurró:

—¿Qué quieres, perro?

—Esta chica me interesa. Hay dinero a ganar con ella.

—Pues llévatela.

—Eso mismo esperaba que me dijeses, Davy. Eres cada día más amable. Y ahora… adiós.

Davy seguía sin pestañear.

Pero comprendía que el otro iba a apretar el gatillo. Marvel era de esa clase de tipos que nunca dejan un enemigo atrás.

Sin embargo, Davy tampoco era un pajarito. Ya que no podía mover las manos, movió los pies. Marvel estaba en pie junto a él y, de pronto, sintió un dolor horrible, un dolor que le llegaba hasta el fondo de las entrañas. Una espuela le estaba desgarrando la entrepierna con tal fuerza, que quedó paralizado, sin poder ni apretar el gatillo. Lanzó un alarido, mientras se dilataban sus ojos.

Davy aprovechó bien aquellas décimas de segundo.

Desvió el brazo vendado de su enemigo, con el revólver oculto. Cuando el cañón vomitó fuego, ya estaba apuntando a otro sitio. La bala hizo añicos una de las ventanas.

Davy se movió con la misma fulgurante rapidez.

Sujetó a su enemigo por las solapas, lo levantó y lo envió contra una de las puertas. Marvel chocó con la pared, y trató de levantarse.

Se dio cuenta de que Davy recuperaba su revólver.

Intentó girar la mano vendada.

Su pequeño «Colt» escondido era de dos balas, y aún le quedaba una. Pero Davy fue más rápido.

Disparó sin apenas, levantar el «Colt» del suelo.

El plomo penetró por el centro de la frente de Marvel, cuya cabeza sufrió una sacudida.

El joven acabó de incorporarse.

Hizo una seña a Lina Wong, y salieron.

—Creo que nos han estropeado la comida —murmuró—. Habrá que largarse cuanto antes, muchacha. Ese tipo siempre viaja rodeado de guardaespaldas que le protegen.

Y era verdad, pero, por el momento, no aparecía ninguno. Davy se dirigió presurosamente con la muchacha hacia la vía muerta en que, de momento, había sido colocado su convoy.

—No te he traído más que peligros y problemas —bisbiseó Lina—. O me dejas sola o tendré que huir…

—No creo que llegaras muy lejos, preciosa.

—Davy, no corras más peligros por mí. Olvídame…

—No te hagas ilusiones. No corro peligros por ti, sino por llevar ese ataúd a Sacramento y luego a San Francisco.

—¿Por qué lo haces, Davy? ¿Por qué te preocupa tanto esa pobre chica muerta? ¿Por qué te juegas la piel?

—Porque en mi vida jamás he hecho nada bueno.

—No deberías hablar así, Davy.

El joven rió amargamente.

—¿No debería hablar así? No, ¿eh? ¿Es que ya no recuerdas cómo nos conocimos? ¿Qué soy, sino una sucia máquina de matar, a la que engrasan y cuidan mientras funcione?

—En el fondo de tu corazón hay algo noble, Davy, Lo que pasa es que tú no quieres reconocerlo.

—Los nobles eran mis padres —bisbiseó él—. Ellos vivían de la tierra y la amaban. Yo no amo nada. Si ahora pudiesen verme, se avergonzarían de mí.

Obligó a la muchacha a subir al convoy, e hizo una seña a Cotton.

Éste tenía los ojos desmesuradamente abiertos.

Las mujeres chinas tienen la costumbre de llevar la larga falda

abierta hasta medio muslo. Y eso les permite, al andar, enseñar la mayor parte de sus piernas.

Y Lina Wong las tenía de campeonato.

Y Cotton ya no sabía ni dónde había puesto los pies.

Los tenía casi debajo de una rueda.

El mismo gritó:

—¡Andandooo…!

Y por poco se queda sin necesidad de ir al callista el resto de su vida.

Menos mal que aquellos trenes arrancaban a saltos, y el movimiento tardaba un cuarto de hora en transmitirse al último vagón.

Pero Cotton ni se enteró. Tuvieron que gritarle:

—¡Eh, tú, animal…!

Y cargarlo como un saco.

CAPÍTULO XI

Durante toda la tarde, rodaron a poca velocidad por parajes que sólo el ferrocarril se había atrevido a surcar. Ahora la zona era montañosa, y algunos desniveles mal calculados producían vértigo. Pero el traqueteo era rítmico, y todo parecía indicar que llegarían a su destino sin nuevos contratiempos.

Davy se entretenía en desbastar con un cuchillo un pedazo de madera.

No quería mirar a Lina Wong, porque le asaltaban confusos pensamientos. No quería pensar que el destino la había puesto en su camino para que él cambiara de vida.

No. Él era un granuja que no tenía redención y, en cambio, ella podía llegar muy alto.

—Si llegamos a San Francisco —murmuró, traduciendo en voz alta sus pensamientos—, te llevaré a ver a Doyle.

—Te estás preocupando demasiado por mí, Davy, y yo no hago más que crearte conflictos.

—Tú puedes hacer carrera con él —dijo el joven, sin hacer caso —. Sólo muy de tarde en tarde la naturaleza se muestra tan pródiga con una mujer. Tú lo tienes todo: belleza, distinción, buena voz… Sólo te falta aprender. Pero con Doyle aprenderás pronto y llegarás muy alto.

Ella no contestó.

Quizá lo hubiera hecho, pero en aquel momento el tren empezó a traquetear peligrosamente.

—¿Qué pasa?

—Nada especial. La vía, que debe estar en malas condiciones. Lo que me extraña es que no hayamos tenido ningún percance serio hasta llegar aquí.

—¿Crees que esto va a descarrilar?

Realmente lo parecía.

Los vagones se bamboleaban de tal modo que daban la sensación de ir a salirse de la vía en cualquier momento.

Pero Davy estaba muy tranquilo, porque la experiencia le había acostumbrado a aquella clase de «diversiones».

—Cuando te haya dejado en manos de Doyle —dijo, traduciendo de nuevo sus pensamientos—, yo iré a mi pedazo de tierra. Me quedaré allí para siempre.

—¿Tu pedazo de tierra? Yo creí que no tenías ninguno. Me dijiste que tratarías de comprarlo.

—Es muy pequeño, y no sé si se podrá sacar provecho de él —dijo Davy con una sonrisa—. Hace dos años, un amigo y yo lo ganamos al póquer. Pudimos haber ganado bastante, pero preferimos ese pedazo de tierra. Los dos queríamos cambiar de vida.

—¿Y tu amigo está allí?

—Sí —dijo Davy, mientras sus ojos se nublaban—, pero enterrado.

—¿Es que murió?

—El mismo tipo al que habíamos ganado la partida de póquer le clavó una bala entre las cejas. Yo le vengué, y transporté el cadáver. Le dije que algún día volvería, y que serían míos los terrenos circundantes. Que desde su tumba vería crecer los árboles y oiría los mugidos de los animales, mientras se propagaban en paz.

La muchacha desvió la mirada.

El tren seguía bamboleándose, pero ella ya no lo notaba siquiera.

—Tú amas el Oeste —susurró—. Tú amas de verdad esta tierra, Davy. Lástima que seas un pistolero.

—Por poco tiempo —dijo él, riendo—. No creo que me dejen vivir demasiado.

En ese momento el tren, que parecía viajar por encima de las montañas rusas, se detuvo definitivamente. El maquinista saltó a tierra, lanzando imprecaciones.

—¡La vía está mal puesta! ¡Si no aseguramos unas traviesas, no me atrevo a continuar!

—De acuerdo —dijo Davy—, pero se nos va a echar la noche encima.

—Peor sería descarrilar.

—Es cierto. Pero ¿puede quedarse el tren parado aquí?

—No creo que venga ningún otro, pero colocaremos unos faroles para avisar. Además, no queda otro remedio.

Los hombres fueron descendiendo.

Todos miraban hacia el cielo, y todos parecían pensar lo mismo: que era ya demasiado tarde para ponerse a trabajar. A la luz de los escasos faroles que portaban, no podía hacerse una labor con garantía.

Claro que habían estado de suerte, porque apenas a media milla estaba uno de los pueblos abandonados de la ruta. Cuatro casuchas de troncos y un manantial de agua, que a ellos les parecieron el colmo de la comodidad. Descansar allí unas horas no le vendría mal a nadie.

Davy decidió:

—Tú ve al poblado, Lina. Yo me quedaré vigilando el ataúd.

—¿Y por qué? ¿Quién va a llevárselo?

—Eso es cierto. No creo que en esta especie de desierto nadie tenga el menor interés.

—Me gustaría caminar un poco hasta el pueblo, Davy. Tengo las piernas medio dormidas.

—Lo mismo me pasa a mí —susurró Davy—. Y también tengo ganas de meter la cabeza bajo el chorro de agua. ¡Eh, Cotton!

Cotton acudió.

—¿Qué pasa?

—¿Organizáis turnos de guardia?

—Sí. Un par de hombres se quedarán aquí, mientras los demás vamos al pueblo. De todos modos, no hay nada que temer.

—¿Cuándo empezaremos a trabajar?

—Mañana, apenas amanezca.

—De acuerdo, Cotton. Vamos allá.

Los heridos y enfermos también agradecieron el poder salir del tren. Todos se dirigieron poco a poco hasta las casas donde podrían descansar sin traqueteos. Porque sólo viajando en los vagones de aquella época se podía uno dar cuenta de lo que significaban las irregularidades de la vía y la falta de suspensión.

En contra de lo que habían imaginado, las casas del villorrio abandonado estaban limpias. Y algunos empleados del ferrocarril debían parar de vez en cuando allí, porque había algunos petates y algunas latas de conservas.

Entre todos organizaron una cena, y alguien sacó una armónica. Pese a las dificultades del viaje, todo el mundo estaba de excelente humor. Aparecieron también un par de botellas de *whisky*.

Davy comió y bebió poco, quizá porque no estaba tranquilo. Mientras Lina Wong escuchaba aquellas canciones nostálgicas y mientras la botella pasaba de mano en mano, el joven salió de la casa y contempló el convoy detenido en la lejanía.

No veía más que los relieves de los vagones y la luz de los faroles que indicaban su presencia. Un airecillo fresco se había levantado, y los coyotes, irritados por la presencia de los intrusos, empezaban a aullar en la distancia.

Davy fue, poco a poco, hacia los vagones.

Sólo quería cerciorarse de que todo iba bien.

Aunque no llevaban nada de valor, le extrañaba lo que había sucedido antes, y no estaba tranquilo.

Alcanzó el lugar donde tenía que estar uno de los centinelas.

Pero no lo vio por ninguna parte.

—¡Eh! —llamó—. ¡He, muchacho!

Nadie le respondió.

Sólo se oía el susurro del viento y el aullido cada vez más cercano de los coyotes.

Extrañado, el joven dio la vuelta al último de los vagones.

Y entonces vio al primer centinela. Estaba materialmente clavado a la pared del vagón, como una mariposa en una hoja de papel. Sólo que a éste no le habían clavado con un alfiler, sino con un largo machete mexicano.

CAPÍTULO XII

Davy sintió que aparecían unas gotitas de sudor en sus sienes. No entendía aquello como no había entendido lo anterior. Extrajo el revólver, y dio una rápida vuelta para tratar de encontrar al otro centinela.

A éste aún fue más fácil hallarlo.

Estaba entre dos ruedas, cruzado sobe la vía. Lo habían degollado por la espalda, y yacía en un baño de sangre.

Davy miró en torno suyo.

Las gotitas de sudor habían empezado a resbalar por su cara entera. No le gustaba nada aquella oscuridad, de la cual podía surgir en cualquier instante la muerte.

El ataque había sido bien preparado y ejecutado sin piedad. Sin duda, alguien les había seguido —los caballos podían perfectamente mantener la velocidad de aquel tren— y habían actuado, al ver que allí solo quedaban dos hombres. Pero ¿para qué? ¿Qué podía ganarse con aquellos dos asesinatos?

Davy tuvo una repentina inspiración.

Era algo que no podía acabar de creer, pero sus ojos le demostraron que no se equivocaba.

Porque el ataúd de la muchacha china… ¡había desaparecido!

El joven corrió ahora a lo largo del tren, buscando huellas de caballos. Y aunque la oscuridad no le ayudaba nada, pudo notar un rastro, que se dirigía hacia el Norte.

El dudó entre avisar a sus compañeros o no, pero al final decidió seguir solo.

El rastro le llevó hasta lo alto de una colina, más allá de la cual volvía a extenderse la llanura. Y fue en la llanura donde vio aquellas dos casas con parpadeos de luz. Eran dos antiguos almacenes del ferrocarril, que ahora seguramente estaban

abandonados. Pero la luz indicaba que alguien se encontraba en ellos.

Davy corrió hacia allí.

No le importaba hacer ruido, puesto que la casa aún se hallaba a gran distancia. Antes de llegar vio ya los relieves de los caballos detenidos ante la más alta de las dos casas.

Había dado con la pista de los asesinos. No sabía quiénes eran, pero pronto lo averiguaría.

Fue a camuflarse entre los caballos.

Desde allí podría abatir a balazos a media docena de hombres, antes de que le descubriesen.

Pero pronto comprendió que se había equivocado. Aquellos tipos no dejaban nada al azar, y tomaban toda clase de precauciones. Había un centinela, que él no supo distinguir.

El cañón del rifle se clavó en sus costillas cuando intentaba pasar entre dos caballos. Una voz silbante dijo:

—Entra en la casa. Entra o te abraso…

Davy entró con las manos ligeramente alzadas. No sabía que allí le esperaba una de las sorpresas más brutales de su existencia.

CAPÍTULO XIII

Los hombres que estaban allí eran seis, aparte del que Davy llevaba pegado a la espalda. La luz de dos faroles les alumbraba con la suficiente claridad para que el joven pudiera reconocerlos. El que los mandaba era Cutter, un forajido especializado en «negocios» del ferrocarril, y que había causado ya una infinidad de víctimas. Por supuesto, estaba condenado a muerte, y se ofrecía una elevada recompensa por su cabeza, pero esa recompensa nadie había podido cobrarla aún.

Y Davy tampoco llevaba camino de hacerlo.

Los otros cinco forajidos eran simples auxiliares de Cutter. Pero con la pinta lo suficientemente patibularia para que Davy supiera que se las había con gente decidida a todo. Además, a un par de ellos los conocía perfectamente.

En el tiempo que llevaba como protector del ferrocarril, había tenido que enfrentarse bastantes veces a fulanos de aquella calaña.

Cutter dijo al que estaba tras él:

Buena caza, Larson.

—Estaba husmeando por ahí.

—Desármale.

Una mano pasó por delante de Davy y le arrebató el «Colt», que fue a parar a las manos de Cutter.

—Sabía que Davy iba en el vagón —dijo éste—. No me extraña. Es el mejor pistolero que tienen.

Otro añadió:

—Era natural que lo emplearan para proteger eso.

Davy les miraba fijamente:

—¿Para proteger qué? —masculló.

Cutter rió.

—Hombre, no te hagas el desentendido. No creas que con eso vas a salvar la piel.

—¿Para proteger qué…? —repitió tenazmente Davy.

Cutter se apartó un poco.

Y entonces vio Davy el ataúd que estaba tras el grupo de forajidos. Lo habían abierto, y en él aparecía la muchacha embalsamada. Verla allí, entre todos aquellos tipos, y lanzada como un objeto inservible, daba más pena que nunca.

Pero no fue eso lo que asombró de verdad a Davy. Lo que le dejó sin habla, fue otra cosa muy distinta.

¡El resto del ataúd estaba lleno de billetes de cien dólares! ¡Aquella caja contenía una verdadera fortuna…!

¡Eso era lo que buscaban los forajidos! ¡Y él la había transportado, sin saberlo…!

CAPÍTULO XIV

Cutter preguntó, con sorna:

—¿Eh? ¿Qué te parece? ¿Te enteras ahora, muchacho?

—Aunque te parezca mentira, me he enterado ahora —susurró Davy, mordiéndose los labios.

La indignación le impidió decir más. Supo que jamás perdonaría lo que habían hecho con él, aunque, por otra parte, era muy difícil que le dejaran tiempo para vengarse.

Sabía que iban a liquidarle, pero Cutter, muy seguro de su posición, no se daba demasiada prisa.

—Tiene gracia… —dijo el pistolero—. Te enteras ahora de que llevabas casi un cuarto de millón. Los billetes son de cien, ¿te das cuenta? Cada fajo vale diez mil dólares.

—Te repito que no sabía que eso iba ahí.

—¿O sea que estabas, simplemente, transportando un cadáver?

—Eso es: un cadáver.

Cutter lanzó una carcajada.

—Resulta curioso que para eso empleen al mejor pistolero que tiene la *Central Pacific Railroad*. ¡No me lo harás creer! ¡Utilizarte a ti para transportar el cadáver de una miserable china!

—Llevar ese cadáver a Sacramento era para mí una cuestión de honor —dijo firmemente Davy.

—Pero ¿es que tú tienes honor?

—Sólo lo he tenido una vez en mi vida; ésta.

—Pues no vas a poder repetir, amigo. Será la última.

—Lo daba por descontado, desde le momento en que he entrado aquí. Pero lo del dinero ha sido cosa de Golden.

—¿Golden? ¿Uno de los gerentes de la compañía?

—Sí. Ha tenido que ser él. Ya una vez se habló de que había hecho un desfalco, pero ahora sí que lo ha hecho de verdad. Se ha apoderado de ese cuarto de millón, y ha pensado que transportarlo

a Sacramento le iba a resultar más que difícil. Entonces yo, al pasar con, el ataúd, le he dado la idea.

Cutter arqueó una ceja.

—Quiere decir que ha puesto el dinero dentro, sin que te dieras cuenta, y te ha ordenado seguir, ¿no?

—Exacto, eso es lo que ha hecho.

—Tiene gracia, el muy cerdo… De ese modo, cuando llegaras a Sacramento, él ya tendría un plan para recuperar el dinero. Y si te atrapaban por el camino, serías el culpable tú, y no él… Sería a ti a quien te acusarían del robo para llevarte a la horca.

—Exacto, eso fue lo que debió pensar. Pero, además, sabía que a mí es muy difícil atraparme.

Cutter volvió a reír.

—No tanto, no tanto… Y la prueba es que estás aquí. Nosotros sabíamos que había volado un cuarto de millón de las cajas de la compañía, y pensamos que venía en este tren. Pero te confieso que el ataúd ha sido lo último que se nos ha ocurrido abrir. Y ahora que todos estamos de acuerdo, muchacho, ¿cómo prefieres morir? ¿De cara o de espaldas?

Desde el momento en que le capturaron, Davy no se había hecho ninguna ilusión porque sabía que no iba a poder luchar contra todos los hombres de Cutter. De modo que suspiró con cansancio, y se dijo que, al fin y al cabo, ya había vivido bastante. Miró a Cutter con una sonrisa que era desafiante y a la vez resignada.

—Puedes matarme cara a cara —susurró—. Un pistolero como yo no puede desear nada mejor.

Cutter alzó el «Colt». Quería ser él personalmente quien liquidara al pistolero más duro de la vía férrea.

Pero, en ese momento cambió algo. Ocurrió un suceso al parecer insignificante y que, sin embargo, hizo comprender a Davy que tendría que luchar hasta el fin, que debería eliminar a Cutter y a sus hombres, antes de que a él le hicieran reventar como a un coyote.

En el recinto acababa de entrar otro pistolero.

Casi no prestó atención a lo que ocurría allí, porque venía con los ojos iluminados, como si acabara de ver algo mucho más importante todavía.

—Eh, muchachos…

—¿Qué pasa, Sam?

—Me he acercado al viejo poblado, y he mirado por una de las ventanas. No podéis ni imaginarlo. ¡Hay una chica sensacional! ¡Lo mejor que se ha visto en esta parte del país! ¡Cuando la capturemos, va a ser una fiesta!

Los dientes de Davy rechinaron.

Fue algo instintivo.

Sabía que ya era prácticamente un muerto, de modo que no importaba un poco antes o un poco después. Pero les quitaría a aquellos tipos las ganas de divertirse con Lina.

Saltó hacia Cutter.

Éste había mirado a Sam, de modo que tenía un poco descuidado el revólver. Vio, de pronto, algo que volaba hacia él, y apretó el gatillo. En ese momento la cabeza de Davy se empotró en su pecho.

Los dos rodaron por el suelo. Los hombres de Cutter también desenfundaron sus «Colt».

Los dos enemigos se habían abrazado.

Rodaban vertiginosamente por tierra, y mientras uno trataba de emplear el «Colt», el otro procuraba impedirlo. Cutter barbotó:

—¡Disparad, malditos! ¿A qué esperáis? ¡Disparad!

Nada menos que seis hombres estaban apuntando a Davy, pero nadie se atrevía a apretar el gatillo porque los movimientos de los dos hombres eran vertiginosos. Si disparaban contra Davy, se exponían también a acribillar a Cutter.

De todos modos, la cosa estaba sentenciada.

Los dos hombres, rodaban hacia la pared. Al chocar con ella tendrían que detenerse, y entonces habría llegado el momento de que los revólveres acribillasen a Davy.

Éste sintió en la boca el sabor amargo de la muerte.

Sabía que no podía contar ya con ninguna ayuda.

Pero se equivocaba. Alguien estaba tratando de ayudarle con todas sus fuerzas.

Cuando el pistolero Sam miró por la ventana, y vio a los del tren, especialmente a la chica, pensó que nadie le veía a él, con la cual cometió un error. Porque Lina Wong había descubierto una sombra extraña, y un minuto después, con un pretexto cualquiera para no alarmar a la gente, salió de la casa.

Llegó a ver la silueta de un hombre que se alejaba hacia el tren.

Eso aumentó sus recelos.

Quizá aquel tipo trataba de robar algo. Le dio miedo, especialmente, que pudiese abrir el ataúd de la pequeña.

Por eso le siguió en silencio, aumentando su extrañeza al ver que no se detenía en el tren, sino iba más allá. Remontaron la colina, uno tras otro, y entonces se dio cuenta Lina de que había unos edificios al otro lado.

Siguió tras el hombre.

Así fue como, unos minutos más tarde, se daba cuenta de la terrible situación. Y así fue como decidió salvar a Davy, aunque no contara con armas para ello.

Sólo había algo que podía ayudarla: los caballos.

Desarmó a un par de ellos, y los empujó dentro de la casa. Los excitó con fuertes gritos.

Los caballos, asustados, irrumpieron en el local. Derribaron a los pistoleros que estaban de espaldas a ellos.

Lina desamarraba a los demás, tratando de hacerles entrar también en la casa. Mientras tanto, en ella se había producido un auténtico tumulto.

Los pistoleros caían en todas direcciones.

No habían esperado aquello, y eso aumentaba su confusión.

Se equivocaron de táctica y golpearon a los caballos, con lo cual no hicieron sino aumentar el nerviosismo de éstos.

Davy no sabía quién le había ayudado, pero se dio cuenta de que allí estaba su última oportunidad. Logró desembarazarse del abrazo de Cutter, y lo envió por los aires de un puntapié.

Sus pistoleros rodaban entre las patas de los caballos.

La confusión era espantosa.

Davy se abalanzó hacia uno de los forajidos, y disparó los dos puños contra él. Los impactos le hicieron saltar la cabeza primero a la derecha y luego a la izquierda, como si fueran a separarla del tronco.

Naturalmente, el tipo quedó K.O., y ya no volvió a acordarse para nada que llevaba un revólver.

Pero Davy, sí. El revólver era lo único que necesitaba, en aquellos momentos. Lo tomó al vuelo, y disparó contra otro de los forajidos, que ya se abalanzaba hacía él.

El disparo a quemarropa envió al *gun-man* contra uno de los

caballos.

La confusión crecía más y más, puesto que otros animales habían entrado en la casa.

Uno de los pistoleros comprendió que aquél era su momento, y trató de agarrar unos cuantos fajos de billetes, corriendo hacia la puerta. Cutter le vio.

Rechinó los dientes:

—¡Condenado perro…!

El disparo detuvo en seco la carrera del fugitivo, cuando ya iba a atravesar el umbral.

Cutter se volvió hacia la derecha.

Vio a otro de sus pistoleros que caía.

Davy le había atravesado la frente.

Lanzó un alarido de rabia, y fue a girar el revólver hacia donde estaba el joven. Un caballo se interpuso en el camino de la bala, y resultó herido en el vientre. Cutter intentó lanzarse al suelo para disparar mejor.

Pero Davy era aún más veterano que él, y había adivinado sus intenciones. Cuando Cutter se lanzó, el revólver ya estaba apuntando directamente al sitio donde él iría a parar.

Sonó una detonación.

El disparo a corta distancia casi hizo desaparecer la cabeza de Cutter.

Sus pistoleros se dieron cuenta de lo que acababa de suceder, y trataron de llegar a la puerta. Los caballos les cortaban el paso, y eso permitió a Davy exterminar a dos más.

El que estaba K.O., y había proporcionado el revólver a Davy, se arrastraba hacia la salida, después de recuperarse en parte. El joven no se dio cuenta. Únicamente trataba de calmar a los caballos para que no les derribasen por tierra.

Pero sólo lo consiguió cuando los corceles habían derribado ya una de las lámparas. Se estaba originando un incendio, que amenazaba con llegar al ataúd.

El joven introdujo en él a toda prisa los billetes que estaban dispersos por el suelo, y cerró la lúgubre caja. Cargado con ella, salió velozmente del edificio.

Y entonces sus ojos se encontraron con los de Lina Wong.

Lina Wong respiraba agitadamente.

Aún le parecía imposible lo que había sucedido.

Pero más imposible le parecía a Davy, que ahora se daba cuenta de quién era la persona que le había salvado la vida.

—Nunca podré pagarte esto, Lina.

—No he hecho más que tratar de corresponder. Si estás metido en éste lió es por culpa mía.

—¿Cómo te has dado cuenta de que estaba aquí?

—Uno de esos tipos miró por la ventana del barracón, yo lo vi y le he seguido. ¿Pero, qué pasa con el ataúd? ¿Por qué lo han robado? ¿Qué quedan encontrar en él?

—Un cuarto de millón de dólares.

Lina abrió la boca, tan asombrada, que fue incapaz de decir una sola palabra.

—Tú te has vuelto loco, Davy —balbució, al fin—. Nadie paga un dólar por el cadáver de una pobre muchacha.

—No es lo que vale ella, sino lo que hay dentro de la caja. Creo que debes saberlo.

Y le contó lo que había sucedido.

Lina Wong le escuchaba, boquiabierta y hasta horrorizada. En su mentalidad, un cadáver era algo tan sagrado, que no comprendía cómo podían haber utilizado el de aquella pobre muchacha para sus fines. Pero además se daba cuenta de algo peor: era como si estuvieran transportando dinamita.

No sólo Cutter podía haberse enterado de aquello. También otros. Y a última hora, Golden trataría de recuperar su cargamento, para lo cual ya debía tener algo previsto.

Por si esto fuera poco, estaban los de la compañía.

Podían considerar que Davy era el ladrón, y ahorcarle en cualquier punto de la vía en que fuese hallado.

Lina Wong pareció vacilar un momento.

—¿Qué vas a hacer, Davy? —preguntó con voz temblorosa.

—Supongo que lo mejor será decir la verdad.

—¿Entregar ese dinero a la compañía?

—Al fin y al cabo, es suyo.

—Pero Golden y sus pistoleros te perseguirán hasta la muerte.

—No puedo evitar que lo hagan. Pero devolver ese dinero es el único camino honrado, y pienso seguirlo.

—De acuerdo, Davy. Entonces salgamos cuanto antes de aquí.

Los dos cargaron el ataúd en silencio, sujetándolo uno por cada lado. Así remontaron la colina, fantasmalmente iluminada por la luz de la luna. Cualquiera, al verlos, hubiese pensado: «¡Pobre gente…!».

¿Quién iba a imaginar que llevaban encima un cuarto de millón de dólares?

CAPÍTULO XV

Al amanecer, repararon entre todas las traviesas que estaban mal colocadas, y siguieron su camino. Pero antes hubo que enterrar a otro de los heridos, que había muerto durante la noche. Aquel viaje se estaba transformando en una pesadilla, que hubiera impresionado a cualquiera, pero no a Davy. Porque el joven, desde que se puso al servicio del ferrocarril, no había hecho más que vivir escenas semejantes.

La máquina lanzó un pitido.

Davy gritó al maquinista:

—¡Calla, idiota! ¡No conviene llamar la atención de nadie!

—Pero ¿por qué?

—¡Nos atacaron anoche, y pueden volver a hacerlo!

Davy no había dicho, ¡naturalmente que no!, lo que iba dentro del ataúd. En ese caso, los pistoleros que protegían el convoy hubieran querido quedarse con el cuarto de millón. ¡Menudos eran Cotton y sus hombres! Caso de decírselo, Davy no hubiera hecho más que eliminar a unos enemigos para enfrentarse con otros.

El maquinista gritó:

—¡De acuerdo, pero si alguien quiere atacarnos, sabrá igualmente que estamos aquí!

La máquina arrancó, y los vagones siguieron con un infernal baqueteo. Davy, que había esperado hasta el último momento, saltó junto al ataúd y miró a Lina Wong.

—Puede que ahora tengamos suerte —le dijo—. Al fin y al cabo, Golden no sabe que nosotros hemos descubierto el escondite del dinero. No tratará de recuperarlo hasta llegar a Sacramento.

—¿Y tú podrás devolverlo antes?

—Creo que sí. Esta noche llegaremos a un puesto de control de la compañía, en el que hay siempre un piquete armado. Entregaré el dinero, y seguiremos el viaje. Supongo que ese cuarto de millón es

para pagar a los obreros, de modo que tengo el máximo interés en que no sea robado.

—¿Y si nos atacan antes de llegar al puesto de control?

Davy acarició suavemente la culata del revólver.

—Para eso está mi amigo, muchacha.

Y pensó que con eso ya había bastante.

Pero se equivocaba.

Cotton y uno de sus pistoleros habían hecho, aquella mañana, antes de que el tren arrancase, una cosa rutinaria: dar una vuelta a caballo por las cercanías para ver cómo estaba el paisaje, y si se divisaba por las cercanías algún grupo enemigo. Era una medida de prudencia elemental, puesto que el tren no subía las colinas, sino al contrario. El tren se metía en vaguadas y túneles, desde los que no era posible ver nada, y que resultaban propicios a cualquier sorpresa.

Por supuesto, encontraron toda aquella pila de cadáveres.

Davy ya les había contado lo sucedido, ocultando solo una cosa: que el pistolero Cutter había realizado aquel ataque porque el ataúd transportaba un cuarto de millón de dólares. Pensó que con eso sería suficiente, puesto que Cotton había creído la historia.

La creyó de verdad.

Los ataques a los trenes eran cosa tan normal, que no tenía por qué extrañarse.

Pero cuando patrullaban antes de la salida del convoy, encontró algo que le extrañó de una manera poderosa. Se trataba de un par de billetes que parecían haber sido arrastrados por el viento desde la otra parte de la colina. La cosa no tenía en sí nada de especial, porque alguien podía haberlos perdido. Pero eran nuevos, y en uno de ellos había prendido aún un pedacito de papel, como si fuera parte del precinto que los había unido al fajo.

Cotton recogió los billetes y los olió.

Sin duda, eran nuevos.

Pero ¿quién podía haber perdido allí unos billetes de aquella clase? ¿O era quizá que por las cercanías había pasado un transporte de dinero?

El cerebro de Cotton empezó a relacionar las dos cosas: el hallazgo del dinero y el asalto que la noche anterior los forajidos de Cutter habían hecho al tren. ¿Es que en éste había dinero, y ellos lo

sabían? ¿Es que quizá el único que no estaba enterado era él, el propio Cotton?

Naturalmente, no dijo nada a sus hombres.

Pero guardó los billetes y decidió averiguar. Juró, por sus antepasados —a los que no había conocido ni de nombre—, que no llegarían a Sacramento, sin haberlo averiguado todo.

El tren atravesaba ahora montañas y más montañas. Era uno de los puntos más duros del recorrido, y de los que más había retrasado los trabajos de la *Central Pacific*. Porque los de la *Union Pacific* trabajaban prácticamente en terreno llano, mientras que los salidos de California se habían encontrado enseguida con las zonas más montañosas del país.

Davy estaba atento.

Todo aquello era propicio para una emboscada, porque, además, la vía estaba muy mal trazada. En cualquier momento, el convoy podía descarrilar.

Lina tenía la mirada perdida en el vacío.

Parecía contar el paso de los minutos, deseando librarse de aquella pesadilla.

Por fin, en un momento en que hubieron de aminorar la marcha, debido a los defectos de la vía, Cotton saltó a su vagón.

—¿Qué hay, amigo? ¿Mucho aburrimiento?

Davy trató de sonreír.

—Ya tenemos ganas de llegar —dijo.

—Lo comprendo. No es cómodo hacer el viaje en compañía de un ataúd.

—Eso es lo de menos.

—Hum… A mí me fastidia mucho. Además, parece como si el cadáver oliera un poco.

Naturalmente, aquello no era verdad.

El cuerpo estaba perfectamente embalsamado, y no olía.

—Creo que te equivocas, Cotton —dijo Davy, apaciguadoramente.

—Estoy seguro de que no, muchacho. Lo he olfateado sólo entrar.

—Insisto en que estás en un error. Lo he hecho embalsamar para que llegue en buenas condiciones, nada menos que a China.

—Me gustaría comprobarlo.

—¿Comprobar qué…?

—El estado del cadáver.

—Podrías guardarle un poco más de respeto, ¿no, Cotton? A los muertos déjalos en paz.

—Está bien, muchacho, está bien… No hay que enfadarse por eso. ¿Tienes tabaco?

—Claro que sí.

Davy se aproximó a un gancho donde estaba colgada su chaqueta de piel, en la cual llevaba la bolsa con el tabaco. Para eso tuvo que pasar junto a Cotton.

Y el pistolero fue mucho más hábil y rápido de lo que él había imaginado. Con un movimiento centelleante, despojó a Davy de su revólver. Cuando el joven se volvió, el otro ya le estaba apuntando.

—Poco a poco, Davy.

—¿Qué diablos te pasa?

—Tú y yo tenemos que hablar.

—Me gustaría saber de qué. Y me gustaría también saber qué mosca te ha picado.

—La mosca de la sospecha, amigo. Hace ya rato que la tengo subida en las narices.

—No te entiendo.

—Vas a abrir ese ataúd.

Davy pestañeó.

Se daba cuenta de que Cotton lo sabía todo, lo cual situaba las cosas en un terreno dramático. Porque en cuanto Cotton viera los billetes, ya no renunciaría a ellos, si no le mataban.

—Abre he dicho, Davy. Abre u os mato a los dos, empezando por la chica.

Davy se dio cuenta de que cumpliría su amenaza. Miró el revólver, y luego miró el ataúd. Se dirigió hacia él lentamente.

Alzó la tapa.

Y entonces la violencia empezó. Entonces se desató el infierno.

Pero fue un infierno mucho peor de lo que él había temido.

CAPÍTULO XVI

Los ojos de Cotton se habían desencajado al ver los fajos de dólares depositados junto al cadáver. Y dibujó inmediatamente un movimiento de abanico con el revólver, abarcando dentro de él a Davy y a Lina Wong.

—Quietos ahí… Ya sospechaba yo que habría algo de esto.

Davy no sabía cómo reaccionar.

Sabía en cambio, que el revólver le pulverizaría si hacía un solo movimiento.

Y entonces Cotton gritó:

—¡Eh, muchachos! ¡Adentro!

Al parecer, había hablado ya con dos de sus hombres, porque éstos saltaron al vagón, apenas oír su voz.

También llevaban revólveres y también encañonaron con ellos a Davy y a su compañera.

Cotton decidió:

—Hace falta una bolsa. Meted el dinero en ella.

No era difícil encontrar una bolsa en aquel vagón donde se amontonaban cien objetos diversos, y el hombre de Cotton que se dedicó a buscarla no tuvo que esforzarse demasiado. Cuando la tuvo en sus manos, se acercó al ataúd.

—¿Qué hacemos con la muerta, jefe? Puede haber billetes debajo de ella.

—¡Echadla a la vía!

Lina Wong contuvo un gemido.

Para ella, eso era tan importante como recibir un balazo. Intentó saltar sobre el hombre que estaba junto al ataúd.

Cotton le golpeó con el cañón en plena cara.

La muchacha se desplomó contra una pared, mientras de su pómulo abierto brotaba la sangre.

Davy comprendió que tenía que actuar ahora o nunca. Para

atraer la atención de Cotton, murmuró:

—No puedes robar ese dinero, amigo. Es de los obreros del ferrocarril.

—Y yo soy uno de ellos —rió Cotton—. ¿Qué hay de malo en que me quede con todo?

En aquel momento, Lina Wong trataba de saltar otra vez.

Era una mujer valiente, a la que no arredraba la certeza de ser acribillada a balazos. Tampoco le había afectado el brutal golpe recibido, a pesar de que la mitad de su cara estaba bañada en sangre.

Cotton barbotó:

—¡Dejadla!

A pesar de eso, la muchacha recibió otro golpe en el mismo pómulo. La sangre resbaló hasta sus hombros, mientras caía de nuevo a tierra.

El cadáver fue levantado para arrojarlo fuera del vagón.

Los hombres de Cotton lo tocaban con la mayor naturalidad, puesto que para ellos nada había tan lógico como un muerto.

Y ése fue el momento en que Davy intervino. Los dos sicarios tenían las manos ocupadas, y sólo Cotton le apuntaba. Logró hacer una rapidísima finta con el cuerpo y desorientarle, al tiempo que el otro apretaba el gatillo.

La bala le produjo un arañazo, pero los dos rodaron por el suelo del vagón. Un terrible golpe a la muñeca de Cotton, obligó a éste a soltar el revólver.

Los otros dos hombres dejaron caer de nuevo el cadáver al fondo del ataúd. Desenfundaron las armas, que acababan de guardar en sus cintos.

Davy estaba perdido. Había cometido la locura de atacar a tres hombres a la vez, en un recinto donde apenas podía moverse.

Pero Lina intervino de nuevo. Tenía la valentía de un auténtico pistolero. Se lanzó contra los dos hombres que en aquel momento formaban todavía un grupo.

Todos rodaron por tierra.

La confusión fue indescriptible durante algunos instantes, mientras varias balas agujereaban el techo del vagón.

Davy logró desembarazarse del abrazo de Cotton, y proyectarlo por los aires.

Lina Wong estaba a punto de ser acribillada.

Uno de los pistoleros la había arrinconado contra una de las paredes y se disponía a apretar el gatillo.

El propio Cotton chocó con su subordinado, mientras lanzaba una salvaje maldición.

Los dos rodaron por tierra, y la bala que iba destinada a Lina atravesó una de las paredes.

Mientras tanto, el otro sicario había hecho girar también su «Colt», encañonando a la muchacha. Davy tuvo el tiempo justo para propinarle un salvaje golpe en los riñones y hacerle desplomarse.

El proyectil atravesó el suelo y fue a estrellarse contra uno de los ejes del vagón.

Davy pudo levantarse de un salto, pero aún quedó en difícil equilibrio. Tenía ante él un enemigo que trataba de girar y apuntarle.

El joven disparó con los dos puños una terrible andanada, haciendo que su enemigo se estrellara contra la pared, muy cerca de la puerta del vagón.

El sicario lanzó un grito de rabia.

Trató de girar para apoyar mejor los pies y lanzarse al ataque, pero eso le perdió. No se dio cuenta de que apoyaba los pies en el vacío. En aquel momento el tren tomaba una cerrada curva.

El pistolero lanzó un nuevo aullido y cayó a un terraplén mientras todos los demás que estaban en el vagón saltaban de un lado para otro.

El convoy acababa de entrar en aquella curva, con una velocidad sorprendente. Hasta el ataúd se desplazó un poco, chocando con los tobillos de Cotton.

Éste había tratado de atacar, pensando que, con un poco de suerte, podría recuperar su revólver. Pero el vaivén del vagón le envió precisamente contra los puños de Davy.

Davy los movió…, ¡y de qué manera!

Sonó un doble y estremecedor chasquido.

Cotton resbaló sobre la pared mientras se llevaba ambas manos a la cara, con la sensación de que le habían roto la mandíbula. Tampoco él se dio cuenta de que estaba muy cerca de la puerta.

Se oyó el largo pitido de la locomotora.

Aquel grito penetró en el cerebro de todos como si lo hubiese

lanzado una garganta humana.

Y el grito se repitió. Pero ahora fue Cotton el que lo lanzó, al notar que sus pies tocaban el vacío.

También él se desplomó por el terraplén, dando varias vueltas de campana.

El tercero de los granujas se dio cuenta de que se jugaba la piel, si seguía allí, y prefirió saltar por su voluntad antes de que le hiciera saltar Davy. Lanzando maldiciones, se arrojó de pies por la puerta del vagón. Él tuvo más suerte, porque consiguió que sus posaderas resbalaran por la tierra blanda del terraplén, y no se rompió ningún hueso.

Ni siquiera gritó.

Davy miró en torno suyo.

Le costaba creer que hubiera podido librarse del ataque por sorpresa de sus tres enemigos.

Pero aún no podía estar tranquilo del todo. Había otros pistoleros en el vagón posterior, y éstos podían extrañarse ante la tardanza de Cotton.

De modo que dijo:

—Voy a desenganchar los otros vagones, Lina. Sólo así podremos librarnos de esos condenados.

—Ten cuidado, Davy… Por favor, ten cuidado. Podrías quedar aplastado si el tren frenara.

La advertencia no era vana, y Davy lo sabía. Los vagones de la época no tenían parachoques, sino que estaban ligados por cadenas. Un cambio de velocidad o un frenazo hacía que los topes de hierro de uno chocaran salvajemente con los topes de hierro del otro, pero empotrándose casi los vagones entre sí. Eso hacía que si un hombre se encontraba entre los dos, tuviera grandes posibilidades de convertirse en tortilla, a poco que se descuidase.

Davy no lo pensó dos veces.

Si lo pensaba, no lo hacía.

Salió del vagón, aferrándose a un lado de la puerta, y saltó al techo. Desde allí se descolgó sobre las cadenas, con una extraordinaria agilidad. Con los pies en una de ellas, empezó a desenganchar la otra.

Los vagones traquetearon como condenados.

Y había momentos en que el de atrás se acercaba tan

peligrosamente, al variar la velocidad, que amenazaba con aplastar a Davy.

Éste logró desenganchar una de las cadenas.

Se colgó con las dos manos del techo.

Y con los pies desenganchó la otra.

En aquel momento, el tren pegó un brusco frenazo.

Davy vio venir el otro vagón hacia él con la velocidad de un meteoro.

Sólo su fantástica agilidad le salvó de morir aplastado. Logró encaramarse al techo en el instante en que los dos vagones casi se empotraban.

Se oyeron las maldiciones de los pistoleros, que no se habían dado cuenta de nada.

La máquina dio un brusco tirón. Los vagones se separaron, y el tren quedó dividido en dos mitades. Una de ellas —la de la máquina— avanzó a buena velocidad, mientras la otra disminuía la suya progresivamente.

Los pistoleros lo advirtieron entonces.

Asomaron por la puerta, mientras enviaban contra el resto del convoy una rociada de plomo. Algunos de ellos subieron al techo para poder disparar mejor.

Davy, gritó:

—¡Lina! ¡A tierra!

Las balas atravesaban fácilmente la madera del vagón, y si Lina permanecía de pie en él, podía ser herida. El mismo Davy tuvo que pegarse al techo como una lapa para que las balas pasaran por encima. Luego, la máquina penetró entre dos montículos, que la protegieron de los disparos.

Davy respiró aliviado.

Se había librado del peligro que representaban Cotton y sus hombres. Cierto que le quedaba por resolver el gravísimo problema de Golden, el cual sabía lo que iba en el ataúd, y trataría de recuperarlo. Pero cuando se enfrentase a aquel asunto, ya lo resolvería… a balazos.

Se introdujo de nuevo en el vagón.

Lina Wong estaba tendida tras el ataúd de metal. Curiosamente, era el ataúd lo que había salvado la vida, porque un par de balas se empotraron en él, sin atravesarlo. En cambio, el vagón estaba

convertido en una criba.

Ella alzó la cabeza.

No era una chica demasiado amarilla.

Pero ahora estaba amarilla del todo.

Cuerno, no era para menos.

Por poco se queda muerta como la otra, pero sin ataúd ni nada.

Bisbiseó:

—¿Has podido librarte de ellos, Davy?

—Creo que sí.

—¿Estás bien?

—Verás, tanto como bien…

—No volveré a tomar un tren en mi vida, Davy. ¡Nunca más!

—Creo que yo tampoco. A partir de este momento, me dedicaré a criar vacas…, si puedo. Pero no nos hagamos demasiadas ilusiones, muñeca. Aún tenemos que llegar a Sacramento y librarnos de Golden. Tengo la sensación de que no va a ser fácil.

—¿Y si Golden te liquida, Davy?

El joven se encogió de hombros.

—Pues entonces las vacas se me harán pis encima —murmuró—. ¡Pero de un modo u otro, no me van a separar de ellas!

CAPÍTULO XVII

Al igual que hacían los mayores de las diligencias, el maquinista del tren asomó la cabeza y gritó, con emoción mal contenida:

—¡Sacramentooo…!

Nunca había creído que llegasen allí.

Varias veces el fogonero y el maquinista se habían cantado un responso el uno al otro, pensando que iban a enterrarlos junto a la vía.

Pero ahora estaban llegando al origen de la línea, de la gran *Central Pacific.*

Eso era como una liberación. Aunque no para Davy.

Éste había notado ya que llegaban, antes de que el maquinista gritase. Conocía bien la ruta, y los grandes almacenes de la compañía que se alineaban antes de entrar en la ciudad, resultaban inconfundibles para él. Sabía que allí estaría esperando Golden, y que la fiesta iba a resultar sonada.

Por eso tomó sus precauciones.

Lo primero que hizo fue dar a Lina Wong algo de dinero y una tarjeta.

—Toma —dijo—, ésta es la dirección de Doyle, el mejor agente teatral que hay en San Francisco. Ve a verle, una vez hayas facturado el ataúd, y puedes estar segura de que te convertirá en una gran estrella. En cuanto a mí, voy a ocuparme de que podamos seguir con vida.

—¿Qué vas a hacer?

—No te preocupes, muñeca. Tú toma esto, y no pienses en nada más.

Les era imposible seguir hablando.

Quedaban ya muy pocos segundos para que el convoy penetrara en la estación de Sacramento, que más adelante quedaría como un punto casi olvidado, pero que en la actualidad era la más

importante de la Central Pacific.

Davy saltó ágilmente.

Y Lina Wong le llamó, con expresión desgarrada, dándose cuenta de lo que iba a ocurrir.

Pero él ya no estaba dispuesto a escucharla. Entraban en la estación, y necesitaba que no le viesen hasta el último momento.

En efecto, Golden estaba allí. Tres pistoleros le flanqueaban.

Como se trataba de una llegada rutinaria, había poca gente en el andén. Pero para Golden no se trataba de una llegada más, sino del arribo de una fortuna que iba a caer en sus manos como una fruta madura. Cuando el vagón se detuvo ante él y sus hombres, hizo una rápida seña.

—Eh, tú, muchacha. Baja.

Lina Wong descendió.

Vio cómo aquellos tres hombres cargaban el ataúd.

—Nosotros nos encargaremos de él —dijo Golden a Lina Wong —. Tú síguenos. Pero ¿dónde está el hombre que te acompañaba?

—Ha desaparecido a medio viaje —contestó la muchacha, tratando de mantener la serenidad—. Es posible que lo hayan matado porque hemos tenido algunos choques con grupos de pistoleros.

—Si le han matado, se le pagará una pensión —dijo Golden tranquilamente—. Luego lo averiguaremos, y decidiremos qué es lo que se hace. Ahora ven con nosotros.

El ataúd fue cargado en un pequeño carromato que se encontraba en las cercanías.

A nadie le llamaba la atención aquello.

Eran muchos los cadáveres que llegaban a Sacramento en los convoyes, y nadie se sorprendería al ver un ataúd. Mucho menos, si el que lo acompaña era el todopoderoso Golden.

Davy, quieto en el techo del vagón, comprendió lo que iba a suceder.

Ahora, aquellos granujas no necesitaban a Lina Wong. Al contrario, podía ser un testigo molesto. Estaba seguro de que la matarían por la espalda, al salir de la estación.

Por eso se irguió.

Y su derecha voló hacia la funda, mientras gritaba:

—¡Defiéndete, Golden!

El granuja se volvió al mismo tiempo que sus tres hombres. Todos parecían haber adivinado lo que sucedía, porque inmediatamente llevaron las manos a sus armas.

Podían ser cualquier cosa, menos unos novatos.

Cuando se volvieron, ya estaban apuntando a Davy.

¡Y eran cuatro!

El joven se dio cuenta demasiado tarde de que acababa de cometer un terrible error. Le repugnaba matar a un hombre por la espalda, y por eso había avisado a Golden, pero ahora comprendió que el muerto iba a ser él. Cinco revólveres ladraron casi al mismo tiempo.

Fue como una vorágine de fuego.

Como una borrachera.

Davy apretaba el gatillo, mientras tiraba del martillo hacia atrás con la otra mano, todo eso con una velocidad vertiginosa. Vio contorsionarse a sus enemigos, los vio caer, vio que en la inmaculada camisa de Golden se dibujaban dos rosas de sangre…

Pero no vio, en cambio, que él también había sido alcanzado por dos balazos.

Ni siquiera sintió dolor.

Sólo se dio cuenta de que aquello podía ser el fin de su vida cuando el suelo del vagón empezó a dar vueltas para él. Cuando el andén ascendió vertiginosamente hasta sus ojos. Cuando sintió en la cabeza aquel choque brusco, profundo, que era como el preludio de la muerte…

EPÍLOGO

La tierra era áspera y necesitaba grandes cuidados para empezar a producir, pero un entendido se hubiese dado cuenta de que, dentro de unos años, aquello sería un vergel, porque abundaba lo más importante: el agua. Cuando Davy y su amigo ganaron aquel terreno en una partida de póquer, habían tenido en cuenta eso. Que con un poco de trabajo, encontrarían aguas subterráneas, con las que poder regar y mantener en su día a miles de reses.

Ahora la hierba empezaba a brotar ya.

Y rodeaba una tumba.

Davy estaba ante ella, con el sombrero en la mano, mirándola fijamente. Resultaba imposible decir si estaba rezando o simplemente recordaba a su amigo. Había momentos en que tenía la sensación de que había transcurrido un siglo desde que lo mataron, después de aquella partida de póquer.

El propio Davy no parecía el mismo.

Seguía siendo el joven alto, fuerte, de facciones correctas, que gustaba a las chicas y ponía un sello de inquietud en el rostro de sus enemigos. Pero después de cuatro meses entre la vida y la muerte, a raíz de los dos impactos de bala, y después de dos meses más de trabajar duramente aquella tierra, parecía cansado y hasta envejecido.

Sin embargo, en su rostro flotaba una sonrisa apacible, y hasta casi feliz. Había vuelto a la tierra, que era donde estaba la única verdad.

Había vuelto a ser un hombre que merecía el respeto de sí mismo.

Volvió la cabeza.

Ramírez, el viejo peón mexicano, se acercaba a él como todas las tardes. Llevaba, también como siempre, un ejemplar del *San Francisco Star*, el diario que compraba en la población vecina. Este

diario tenía una amplia sección dedicada a las variedades, y en casi cada edición dedicaba media columna al éxito arrollador de una nueva artista, a la que el público llamaba *China Girl*.

—Hoy también hablan de ella —musitó Ramírez—. Pero esto es como un veneno para ti, muchacho. No sé por qué la miras. Al fin y al cabo, no se portó demasiado bien contigo.

Davy sonrió tristemente.

Pero sin rencor. Sonrió como los hombres que han decidido perdonarlo todo.

—Bueno, ella devolvió el dinero que había en el ataúd, y cobró la recompensa —dijo—. Luego, ya no la vi más. Cuando desperté en el hospital, me dijeron que aquella muñeca amarillenta había ido a ver al empresario Doyle… Y allí la tienes. Convertida en la principal estrella de San Francisco. No me sabe mal, entiéndeme. Al contrarío. Ella es una chica que vale, y merece ese destino.

—Pero tú se lo diste todo, y sin embargo…

—Yo quería volver a esta tierra, y ya la tengo. ¿Qué más puedo pedir? Ya he abandonado aquella vida, que me hacía aborrecerme a mí mismo. Hala, Ramírez, no pensemos más en eso. Da un repaso a la acequia del sur, mientras yo preparo el trabajo de mañana.

—Así lo haré, patrón, pero he decidido una cosa. Corren malos vientos por la ciudad.

—¿Qué clase de malos vientos? ¿Qué es lo que se dice?

—Que la situación de todas estas tierras no era enteramente legal, y que han sido sacadas a subasta. Ya sabe: las nuestras y las que no se cultivan. Todas las tierras hasta aquellas montañas que hay en el horizonte. Normalmente, esas cosas están pasando en California. Uno cree tener una propiedad legal, y de repente viene el *sheriff* y le dice que no, que es un usurpador o algo así… ¿Qué pasará si un día le dicen que esto tiene otro dueño?

—Que tendré que engrasar mi revólver y ponerlo a punto otra vez —musitó Johnny—. Y puedes creer que lo sentiría.

Fue hacia la casa.

Era una casa pequeña, pero confortable, que Ramírez y él habían construido con sus manos.

Abrió la puerta.

Y de pronto, quedó petrificado, helado, medio muerto.

Aquellas piernas maravillosas.

Aquellos ojos algo rasgados.

Aquella boca.

Apenas con fuerzas para hablar, barbotó:

—Lina…

Y ella preguntó con indiferencia, sin descruzar las piernas:

—¿Qué pasa, vaquero? ¿Es ése el modo de saludar a la nueva dueña?

—¿La nueva qué…?

—La nueva dueña. Acabo de comprar estas tierras al Gobierno, en pública subasta. ¿O es que no sabías que no estaban registradas? Con el dinero que he ganado, soy propietaria de media comarca. ¿Por qué pones esa cara? ¿Es que no piensas saludarme?

Davy bisbiseó:

—Claro, muñeca.

Y la tomó en sus brazos.

Y la zarandeó.

Y la besó.

Y Lina Wong, con los ojos entornados en una mueca de felicidad, susurró:

—Yo soy la dueña de todo esto, y tú eres el dueño de mi persona. ¿Qué más quieres, Davy? ¿Pensabas que no iba a volver? ¿Qué más deseas?

Davy dijo con voz ronca:

—Deseo… ¡Esto!

Y volvió a besarla otra vez.

La besó de tal manera que Ramírez, al abrir de golpe la puerta, se quedó alelado.

—¡Demonios! —murmuró—. ¡Le va a gastar el color! ¡Ella se va a quedar blanca, y él, amarillo del todo…!

FIN

NOTAS

[1] A pesar de que el famoso terremoto de 1906 destruyó gran parte del Barrio Chino y mató a muchos de sus habitantes, San Francisco sigue siendo hoy la mayor ciudad china del mundo que hay fuera de las fronteras de China. < <

[2] Puesto que tradicionalmente no se daba ningún valor a la mujer, los antiguos chinos solían vender a sus hijas a cualquier hombre que quisiera comprarlas. Lo mismo hacían antiguamente los campesinos japoneses, que aún hoy practican un poco esa costumbre. Con ello se obligaba a las pobres muchachas a llevar una vida de servilismo y a someterse a los caprichos sexuales de los hombres, pero en cambio no se las consideraba deshonradas, sino al contrario, pues no habían hecho más que obedecer las órdenes paternas. (Notas del A.). < <

[3] Todos estos datos sobre la rivalidad entre las dos grandes compañías son absolutamente históricos. Las dos establecieron una competencia que empezó siendo deportiva y acabó siendo trágica. Cada una de ellas tenía el máximo interés en tender el mayor número posible de millas de vía, así como un paralizar los trabajos de la compañía contraria. Causa: a mayor número de millas tendidas, mayor porcentaje correspondería en los beneficios de la vía férrea. (N. del A.). < <